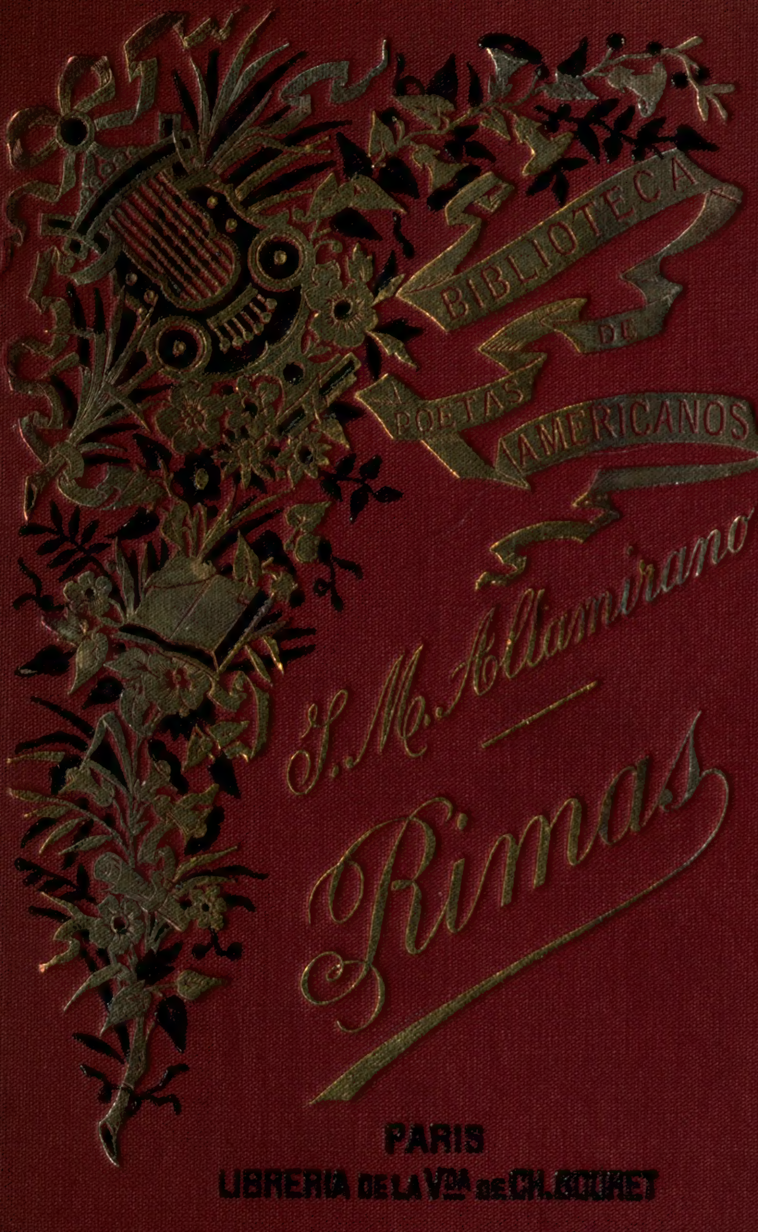
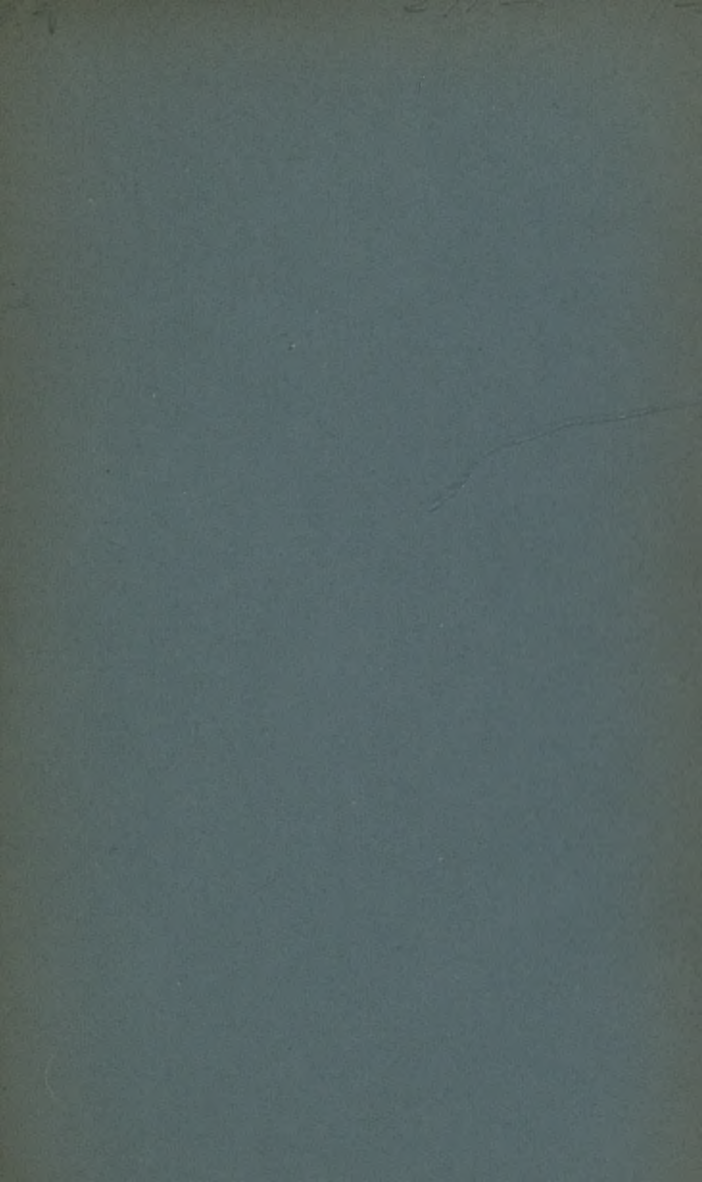

BIBLIOTECA
DE
POETAS
AMERICANOS
I. M. Altamirano
Rimas
PARIS
LIBRERIA DE LA Vda DE CH. BOURET



# RIMAS

PARÍS. — IMPRENTA DE LA V$^{DA}$ DE CH. BOURET.

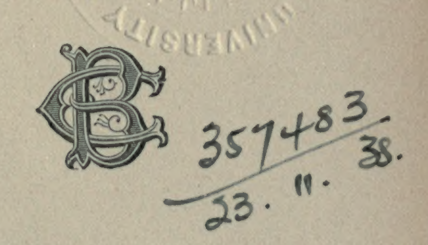
IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO



# RIMAS

A ORILLAS DEL MAR (Idilios.)
A UNA SOMBRA
CINERARIAS







LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET
PARÍS
23, Rue Visconti, 23
MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1903
Propiedad del Editor.

Á AGUSTÍN :

*Te ofrecí, hermano mío, hace ya algunos años, desde que estudiaba yo Leyes en el colegio, merced á la protección de tu digno y bondadoso padre, dedicarte la colección de mis pobres versos, si algún día llegaba á publicarlos.*

*Hoy me he resuelto por fin, y cumplo mi palabra. Todos los que he escrito constan en este pequeño volumen. Ahí tienes, pues, esas humildes flores de mi corazón juvenil. Sin belleza y sin perfume, nada las recomienda; pero yo sé que las acogerás con agrado y con cariño porque conoces el afecto con que te las ofrezco.*

*Puedan probarte cuán grande es la amistad que me une al hijo de aquel hombre á quien debo lo poco que soy.*

*Tu hermano*

IGNACIO MANUEL.

México, Febrero 20 de 1871.

## LIBRO I

—

# *A orillas del mar.*

—

IDILIOS



# FLOR DEL ALBA

Las montañas de Occidente
La luna traspuso ya,
El gran lucero del alba
Mírase apenas brillar
Al través de los nacientes
Rayos de luz matinal;
Bajo su manto de niebla
Gime soñoliento el mar,
Y el céfiro en las praderas
Tibio despertando va.
De la sonrosada aurora
Con la dulce claridad,
Todo se anima y se mueve,
Todo se siente agitar:
El águila allá en las rocas
Con fiereza y majestad
Erguida ve el horizonte
Por donde el sol nacerá;
Mientras que el tigre gallardo
Y el receloso jaguar
Se alejan buscando asilo

Del bosque en la oscuridad.
Los alciones en bandadas
Rasgando los aires van,
Y el *madrugador* comienza
Las aves á despertar :
Aquí salta en las caobas
El pomposo *cardenal*,
Y alegres los guacamayos
Aparecen más allá.
El *aní* canta en los mangles,
En el ébano el *turpial*,
El *cenzontli* entre las ceibas,
La alondra en el arrayán,
En los maizales el tordo
Y el mirlo en el arrozal.
Desde su trono la orquídea
Vierte de aroma un raudal ;
Con su guirnalda de nieve
Se corona el guayacán,
Abre el algodón sus rosas,
El ilamo su azahar,
Mientras que lluvia de aljófar
Se ostenta en el cafetal,
Y el nelumbio en los remansos
Se inclina el agua á besar.
Allá en la cabaña humilde
Turban del sueño la paz
En que el labriego reposa,
Los gallos con su cantar ;
El anciano á la familia
Despierta con tierno afán,
Y la campana del *Barrio*

Invita al cristiano á orar.
Entonces, niña hechicera,
De la choza en el umbral
Asoma, que *flor del alba*
La gente ha dado en llamar.
El candor del cielo tiñe
Su semblante virginal,
Y la luz de la modestia
Resplandece en su mirar.
Alta, gallarda y apenas
Quince abriles contará;
De azabache es su cabello
Sus labios bermejos, más
Que las flores del granado
La púrpura y el coral,
Si sonríen, blancas perlas
Menudas hacen brillar.
Ya sale airosa, llevando
El cántaro en el *yagual*,
Sobre la erguida cabeza
Que apenas mueve al andar;
Cruza el sendero de mirtos
Y cabe un cañaveral,
Donde hay una cruz antigua,
Bajo el techo de un palmar,
Plantada sobre las peñas
Musgosas de un manantial.
Arrodillada la niña
Humilde se pone á orar,
Al arroyuelo mezclando
Sus lágrimas de piedad.
Luego sube á la colina

Desde donde se vé el mar,
Y allí con mirada inquieta,
Buscando afanosa está
Una barca entre las brumas
Que ahuyenta ledo el terral ;
Los campesinos alegres
Que á los maizales se van,
Al verla así, la bendicen,
Y la arrojan al pasar
*Maravillas* olorosas
De las cercas del *bajial*,
Que es la bella *Flor del alba*,
La dulce y buena deidad
Que adoran los corazones
De aquel humilde lugar.

1864.





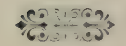
## LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hacia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
Ó en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
Del astro-rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,
En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.
Sobre la verde ladera
Que esmaltan gallardas flores
Elevan su frente altiva
Los enhiestos girasoles,
Y las caléndulas rojas

Vierten al pie sus olores.
Las amarillas retamas
Visten las colinas, donde
Se ocultan pardas y alegres
Las chozas de los pastores.
Purpúrea el agua del río
Lame de esmeralda el borde,
Que con sus hojas encubren
Los plátanos cimbradores;
Mientras que allá en la montaña,
Flotando en la peña enorme,
La cascada se reviste
Del iris con los colores.
El ganado en las llanuras
Trisca alegre, salta y corre;
Cantan las aves, y zumban
Mil insectos bullidores
Que el rayo del sol anima,
Que pronto mata la noche.
En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Bajo la bóveda limpia
De un cielo sereno... Entonces
Sus fatigosas tareas
Suspenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;
Porque el mundo en esta hora

Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los séres
Su tierno holocausto pone ;
Y Dios, que todos los días
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del Sol que nace
Con los puros resplandores.

1863.





## LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.

Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*;
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas.
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;
Desde que alumbró la aurora

Jugueteas loca allí.
¿Acaso el genio que habita
De ese río en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que lo prefieres á mí?

¡Ingrata! ¿por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazón.
¿No ves que todo se agita
Todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasión?

En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas,
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.
¿Tu corazón, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afán?

¡Ah no! perdona, bien mío;
Cedes al fin á mi ruego,
Y de la pasión el fuego
Miro en tus ojos lucir.
Ven, que tu amor, virgen bella,
Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma
¿Cómo pudiera vivir?

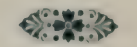
Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello,
Tímida huyendo de mí.
Oprímanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,
Y trascurran dulcemente
Lentas las horas así.

. . . . . . . . . . .

En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga,
Y tu seno, dulce amiga,
Estremeciéndose está.

En la ribera del río
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.
Voy el reposo á brindarte
De trébol en esta alfombra,
A la perfumada sombra
De los naranjos en flor.

1854.





## LAS ABEJAS

Ya que del carmen en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío,
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la lúgubre tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.
¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aun alumbra risueña la esperanza;
Tú cuya confianza,
Inocentes placeres, y alegrías,
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna.

Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase;

Tú, joven ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿Á la pérfida acaso recordabas?
Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazón perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un día,
Primera vez miraste
De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su corazón liviano.
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano!
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazón se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tedio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí! . . . . . La dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera
En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpitar debiera,
De infame corrupción con el ejemplo
No al sentimiento puro le consagra,
Porque del oro le convierte en templo.
¿Qué dicha, qué placeres
Esperas tú encontrar de esas mujeres
En el vendido seno
A los ardores del cariño ajeno,
Cuando su impura llama,
Si nace, solamente
Al soplo vil del interés se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, dó la inocencia

Te ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura
Cambiará tu existencia;
Del tedio sanarás que te aniquila,
Y la virtud amando, suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De este carmen umbroso y escondido,
Afanosas buscando las abejas
El néctar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas
De su brillo á pesar y su hermosura
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las más humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas
Apenas se distinguen, ó en la oscura
Grieta se esconde de las rudas peñas;
Ellas no creen que al ostentarse ufanas
Aquellas que parecen
Con mayor altivez y más colores,
Sean también las que ofrecen
Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad, pero dotado
Por el próvido cielo
De un instinto sagaz y delicado;
Y en el jardín del mundo,

Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
Tu corazón sedujo; tú la amaste,
Y alimentando tu pasión insana
Tu puro corazón envenenaste.
Olvídala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe.
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas,
La de turgentes hombros y divinos
Que la Venus de Gnido envidiaría.
Mírala, ¿no enloquece tu alma, joven,
Como hace tiempo, enloqueció la mía?
¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría
Dó la salud y la color simula

Comprado afeite, con la faz rosada
De esta virgen del bosque,
Dó la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la grata esencia
Que en su redor esparce la inocencia ?
Dime, ¿ á apagar su fuego esa mirada
Con el ansioso labio no provoca ?
¿ Quién al verla sonriendo, no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿ Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante ?
¿ Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante ?
¿ Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fé constante y pura ?

Estas flores, amigo, ansioso busca,
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.

1854.





## LAS AMAPOLAS

Uror. — Tíbulo.

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose va,
Y sólo de cuando en cuando
Ronco, imponente y fugaz,
Se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.

Á las orillas del río,
Entre el verde carrizal,
Asoma una bella joven
De linda y morena faz;
Siguiéndola va un mancebo
Que con delirante afán
Ciñe su ligero talle,
Y así le comienza á hablar:

— « Ten piedad, hermosa mía,
Del ardor que me devora,
Y que está avivando impía
Con su llama abrasadora
Esta luz de mediodía.

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gime soñoliento:
El río, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mustias se tuercen las rosas,
Inclinando perezosas
Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros,
Los floripondios tostados;
Tibios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece,
Yo me abraso de deseos;
Mi corazón se estremece,
Y ese sol de Junio acrece
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
Al pie de los platanares
Por el remanso bañado,
Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura,
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundamos nuestras almas

En un beso, en un aliento.....
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas. » —

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo..... y nada más.

Entre las palmas se pierden ;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
Á tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va ;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio 1858.

## LA FLOR DEL ALBA — LA SALIDA DEL SOL LOS NARANJOS — LAS AMAPOLAS

Los lectores me permitirán algunas palabras sobre estos cuatro idilios, que pertenecen verdaderamente al género descriptivo, al que tengo suma afición.

En ellos he intentado presentar pequeños cuadros de los paisajes del Sur, para mí tan queridos, como que allí se meció mi pobre cuna. Para ello he escogido cuatro horas sucesivas, la del alba, la en que nace el sol, la de las ocho ó nueve de la mañana, y por último, la del mediodía.

Los cuadros pertenecientes á las horas de la tarde y de la noche, seguirán después ; pero ya no con el carácter puramente descriptivo, sino sirviendo, por decirlo así, de decoración á pensamientos diferentes.

En la *Flor del alba* he querido no sólo describir el aspecto de la naturaleza, en la madrugada, sino también presentar un cuadro de las costumbres de la costa, á esa hora.

Como la doncella á quien llamo « *Flor del alba*, » todas las jóvenes costeñas que habitan en los *Barrios*, que son pequeñas aldeas hundidas verdaderamente en

un océano de vegetación, se levantan al despuntar la aurora, salen de sus cabañas y se dirigen al río, á traer el agua que necesitan para los usos de la familia.

Es de advertir que en la costa del Sur, no hay más ciudad que la pequeña de Acapulco. La población de las costas vive en esos *Barrios*, ya sea por la escasez de ella, ó por su falta de cultura, ó porque así conviene más á sus trabajos agrícolas, únicos á que se consagra.

Es en extremo pintoresco el aspecto de los *Barrios* con sus cabañas de hojas de palmera escondidas en un bosque de parotas, de mangles, de caobas y de cocoteros y rodeadas por todas partes de altísimas y espesas yerbas. En los techos cónicos de estas cabañas se enredan millares de trepadoras, ostentando allí sus gigantescas flores azules, rojas y blancas.

Apenas hay un *barrio* de estos que no tenga cerca un río, y precisamente por aprovechar sus aguas se han situado casi todos en las márgenes de los que descendiendo de la Sierra, corren por el planío de la costa á desembocar en el mar. El *Atoyac* solo, como lo diré en las notas de mi composición así intitulada, tiene en sus orillas cerca de veinte.

He dicho que no hay en toda la costa del Sur más ciudad que Acapulco, y es así; pues aunque algunos pueblecillos han sido bautizados con el título de ciudades por el gobierno de Guerrero, como Tecpan, en memoria del ilustre patriota D. Hermenegildo Galeana, nativo de allí, y algunos otros por diversos motivos, la verdad es que no son más que *barrios* con una población un poco mayor que las demás. Acapulco es el único lugar que puede aspirar á tal nombre por el mayor nú-

mero de sus habitantes, por la regularidad de sus casas y calles, y por su comercio y cultura.

Como es de suponerse, en estas poblaciones reinan las costumbres sencillas de la vida del campo. Las familias acomodadas, y aun hay algunas que pueden llamarse ricas, no se distinguen de las demás. Tienen todo el carácter patriarcal de los pueblos primitivos, y recuerdan por esto aquellos tipos que tanto nos agradan en las leyendas bíblicas. Las mujeres, cualquiera que sea su condición, van vestidas con su pintoresco traje, compuesto de unas enaguas largas de lienzo y de brillantes colores, con su ancho ceñidor de burato su camisa regularmente de lienzo muy fino y su chal de merino negro con largos flecos en las puntas, llevan adornado el cuello con sartas de perlas ó de coral, y sujetos los cabellos con el *cachirulo* de oro. Así se dirigen á los ríos á llenar su cántaro que cargan en la cabeza, como algunas mujeres del Asia y como las de la campaña romana. Es hermosa aquella orilla del río, en las horas de la madrugada, porque se ve concurrida de las lindas muchachas de los *barrios* que forman deliciosos grupos.

Tal es el cuadro que ofrecen los ríos á la hora del alba.

En cuanto á los idilios, *Los Naranjos y Las Amapolas* fueron leídos en las reuniones literarias del año de 1868, y obtuvieron la acogida más lisonjera para mí, lo que sin embargo, he recibido tan sólo como una muestra de benevolencia de parte de los eminentes poetas que allí concurrían.

Confieso que he tenido alguna vacilación para publicarlos, temiendo que se juzgasen demasiado libres;

pero los mismos amigos combatieron mis escrúpulos, dándome razones qué también á mí se me ofrecían como apoyos para decidir la publicación. Estas razones no eran referentes al mérito literario de mis versos, sino á su asunto y á su forma.

La literatura clásica y la sagrada, presentan frecuentes ejemplos de esta libertad y aun de mayor cien veces. Por no citar autores con cuyos nombres se llenarían muchas páginas, me limitaré tan sólo á enumerar aquellos más autorizados, y que por la misma razón andan en las manos de todos. Prescindiendo del « *Cantar de los Cantares* », y otros monumentos bíblicos, mencionaré á Anacreonte, cuyos versos, que son un modelo de gracia y de elegancia, están consagrados al amor y al placer. La musa griega antigua, tenía en esto toda la belleza de la sencillez y de la verdad.

En época menos antigua, en lo que puede llamarse la escuela poética de Alejandría, tenemos á Teócrito y á Bion de Esmirna, cuyos idilios nos dan todavía una muestra de una encantadora naturalidad. Los asuntos del primero tienen esa secillez que sólo una gazmoñería ridícula podría tachar de peligrosa. Apenas los críticos se han atrevido á juzgar con alguna severidad el idilio XXVII, que es la « *Conversación entre Dafnis y una joven* », y eso porque en él se lleva la licencia hasta un extremo que choca con nuestras costumbres completamente, presentando cuadros de una desnudez repugnante. Créese generalmente que este idilio no es de Teócrito. Pero en todos los demás, el estilo es ardiente y apasionado, el amor habla su lenguaje propio, y á nadie se le ha ocurrido tacharlo de inadecuado y de inmoral. El idilio VII de Bion, contiene también algu-

nas frases libres, aunque estoy muy lejos de participar de la opinión del erudito mexicano que acaba de publicar en elegantes versos la traducción de los fragmentos de ese poeta delicioso. Ipandre Acaico, (el P. Montes de Oca), (1) ha mutilado el idilio VII, temiendo ofender el pudor si conservaba el texto original.

En cuanto á los clásicos latinos, ¿ quién no conoce algunas odas de Horacio, algunas églogas de Virgilio, algunas elegías de Tíbulo, de Cátulo y de Propercio ; los asuntos de algunos poemas de Ovidio y el fragmento apasionado, aunque su estiló no sea ya el del siglo de oro de la poesía latina, que se ha atribuído generalmente, aunque sin razón, á Asinio Cornelio Gallo, el amigo de Virgilio, y que según todas las indagaciones es de Maximiano ?

En los versos dirigidos á Lydia, el poeta nos dejó aquellos que comienzan :

« *Pande, puella, pande capillulos* ».

y que son de una vehemencia amorosa y de una naturalidad incomparables.

Entre los modernos, no recordaré, además de los italianos de la Edad Media, más que á Juan Segundo, cuyos « *Besos* » no se desdeñó de traducir Mirabeau en una prosa, como suya : á Parny, el *amable pagano*, como le llamaba Millevoye, cuyos cuadros parecen griegos ; á Gessner, el Teócrito Suizo, cuyos idilios son para mí tan buenos en su forma como los antiguos ; y por último, para acabar con nuestros clásicos, á Gar-

(1) Hoy Obispo de Linares.

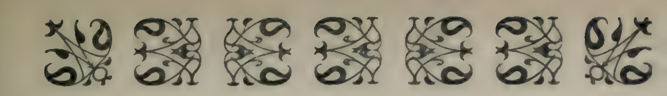
cilaso y á casi todos los de su escuela, que siguiendo la italiana, nos dejaron monumentos de este género que los modernos imitan con entusiasmo.

Así, pues, sin que por eso se crea que pretendo dar á mis idilios, en verdad insignificantes, y en los que no he pretendido sino describir cuadros de nuestra naturaleza americana, un mérito de que absolutamente carecen ; yo pequeño, yo humilde é indigno de colocarme, sino á los pies de aquellos grandes poetas, soy bastante excusable por querer imitarlos en su naturalidad.

Por otra parte, ¿ no es por ventura el culto del amor uno de los objetos de la poesía ? ¿ Este lenguaje lleno de ternura y de fuego, que es el propio de los amantes, deberá desterrarse, sólo porque se le acusa de sensual ? La filosofía de la literatura no puede proscribirlo. La crítica severa sólo condena el lenguaje libertino y obsceno, el cuadro que ofende á la moral. No creo que mis « *Naranjos* » y mis « *Amapolas* » sean reos de ese delito. Bastante comunes los juzgo, y aun bastante inocentes, si se comparan con infinitas escenas de novela que andan por ahí, verdaderamente atentando contra el pudor de la juventud.

Dicho esto, invoco la indulgencia de mis lectores respecto del mérito literario de mis cuatro idilios citados.





## AL ATOYAC

Ábrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,
Y opongan en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó :
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce Primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal :
Y plácido murmuras al pie de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Edén divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador ;
Su luz, cayendo tibia, los árbolos no agosta,
Y en tu enramada espesa, se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil suaves,
El blando son que forman tus linfas al correr,

La planta cuando crece, y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Osténtanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien:
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes inclínase también.

Se dobla en tus orillas, cimbrándose, el papayo,
El mango con sus pomas de oro y de carmín;
Y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorín.

Á veces tus cristales se apartan bulluciosos
De tus morenas ninfas, jugando en derredor:
Y amante las prodigas abrazos misteriosos
Y lánguido recibes sus ósculos de amor.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á oscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
También tú vas durmiendo, apenas alumbrado
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquiva el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
Ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
Ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros
Inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cucuyos en polvo refulgente
Salpican los umbrosos yerbajes del *huamil*,
Y las ocuras malvas del algodón naciente
Que crece de las cañas de máiz, entre el carril.

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
En la ligera hamaca y en lánguido vaivén,
Arrúllase cantando la *zamba* que entristece,
Mezclando con las trovas el suspirar también.

Mas de repente, al aire resuenan los bordones
Del arpa de la costa con incitante son,
Y agítanse y preludian la flor de las canciones,
La dulce *malagueña* que alegra el corazón.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
En pos del arpa el bosque comienza á recorrer,
Y todo en breve es fiestas y danza en tu ribera,
Y todo amor y cantos, y risas y placer.

Así trascurren breves y sin sentir las horas :
Y de tus blandos sueños en medio del sopor
Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
Que entonan á la luna, sus cántigas de amor,

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
Los floripondios se abren su esencia á derramar
Los céfiros despiertan y suspirar parecen;
Tus aguas en el álveo se sienten palpitar.

¡ Ay! ¿ Quién, en estas horas, en que el insomnio arde
Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
No busca el blando seno de la querida ausente
Para posar los labios y reclinar la sien ?

Las palmas se entrelazan, la luz en sus caricias
Destierra de tu lecho la triste oscuridad :
Las flores á las auras inundan de delicias...
Y sólo el alma siente su triste soledad !

Adiós, callado río : tus verdes y risueñas
Orillas no entristezcan las quejas del pesar ;
Que oirlas sólo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar.

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
Que pasan en tus bordes tupidos á mecer
Los verdes ahuejotes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó ;
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Julio de 1864.





# EL ATOYAC

(EN UNA CRECIENTE).

Nace en la Sierra entre empinados riscos
Humilde manantial, lamiendo apenas
Las doradas arenas,
Y acariciando el tronco de la encina
Y los pies de los pinos cimbradores

Por un tapiz de flores
Desciende y á la costa se encamina
El tributo abundante recibiendo
De cien arroyos que en las selvas brotan.

Á poco, ya rugiendo
Y el álveo estrecho á su poder sintiendo,
Invade la llanura,
Se abre paso del bosque en la espesura;
Y fiero ya con el raudal que baja
Desde los senos de la nube oscura,
Las colinas desgaja,
Arranca las parotas seculares,
Se lleva las cabañas

Como blandas y humildes espadañas,
Arrasa los palmares,
Arrebata los mangles corpulentos :
Sus furores violentos
Ya nada puede resistir, ni evita;
Hasta que puerta á su correr dejando
La playa... rebramando
En el seno del mar se precipita!

. . . . . . . . . . . . . .

¡ Oh! cuál semeja tu furor bravío
Aquel furor temible y poderoso
De amor, que es como río
Dulcísimo al nacer, más espantoso
Al crecer y perderse moribundo
De los pesares en el mar profundo!

Nace de una sonrisa del destino,
Y la esperanza, arrúllale en la cuna;
Crece después, y sigue aquel camino
Que la ingrata fortuna
En hacerle penoso se complace,
Las desgracias le estrechan, imposibles
Le cercan por doquiera;
Hasta que al fin violento,
Y tenaz, y potente se exaspera,
Y atropellando valladares, corre
Desatentado y ciego,
De su ambición llevado, para hundirse
En las desdichas luego.

. . . . . . . . . . . . . .

¡ Ay, impetuoso río!
Después vendrá el estío,

Y secando el caudal de tu corriente,
Tan sólo dejará la rambla ardiente
De tu lecho vacío.
 Así también la dolorosa historia
De una pasión que trastornó la vida,
Sólo deja, extinguida,
Su sepulcro de lava en la memoria.

1864.





## CANSANCIO

### (Á ORILLAS DEL MAR)

Bajo un dosel de cenicientas nubes,
Y el cielo de los trópicos por techo,
Del mar tranquilo en el profundo lecho
Escondida del sol la frente está.
Los viejos mangles de la costa, inclinan
Lánguidas de calor sus cabelleras ;
Y el viento de la tarde, en las palmeras
Susurra lento y perezoso ya.

Aquí del mar en la desierta orilla,
Tan risueña otra vez y encantadora,
Demos rienda al pesar que nos devora :
Corra, mujer, el llanto del dolor.
Déjame reclinar sobre las peñas
Mi enferma frente, de sufrir cansada,
Y déjame que llore, desdichada :
¿Por qué me pides pláticas de amor?

Me torturas el alma ; yo no puedo

Mentirte una pasión, como tú mientes :
¿ Cómo arrojar podrá lavas ardientes
Si sólo tiene hielo el corazón?
¿No has comprendido aún qué significa
De mi mal espantoso la fijeza?
¿ Acaso yo no entiendo tu tristeza ?
¡ Ha muerto ya nuestra fatal pasión!

No finjas más; de nuestros labios salga
Esa verdad, aunque terrible y dura ;
No hay lazo ya en nosotros de ternura,
Y arrastramos los grillos del pesar.
Nuestros besos son fríos... nuestros brazos
Ha fatigado el perezoso tedio......
Nuestros ojos se apartan... no hay remedio,
Esta horrible ficción debe acabar.

¿ No ves que á nuestro paso todo muere,
Todo se inclina lánguido y se agosta ?
¿No ves en las florestas de la costa
Las hojas de los árboles caer ?
De tu morada triste á la ribera,
Qué halla tu pie, sino punzantes cardos
En vez de aquellos aromosos nardos
Que entapizaban tu camino ayer ?

¿ No ves que huyendo, alzó la primavera
De la tierra su manto de verdura,
Y de sus rojos mirtos la llanura
El soplo del invierno despojó ?
Las fecundantes nubes ya son idas,

Nuestro horizonte bello empalidece,
El pueblo de las aves enmudece,
Y el trasparente mar se ennegreció.

Lo mismo pasa en nuestro amor, señora;
Su hermosa primavera brilló un día,
Pero hoy, nos mata indiferencia impía......
¡Llegó el invierno al corazón también!
Apagóse la lumbre de tus ojos,
Y enmudeció cansado en un instante
Ese pecho, otras veces palpitante
Al abrigar mi enardecida sien.

¿Lloras? también yo sufro, me fatiga
Esta pesada y lóbrega existencia
De horrible saciedad, de indiferencia,
De tormento constante y roedor.
Hay otros seres que al amor se entregan,
Y son felices ¡ay! yo los envidio,
Yo que apenas amé, cuando ya lidio
Con el tedio, la duda, el desamor.

Sufro al mirar que junto á tí, en la playa.
Las flores de la tarde voluptuosas
Abriendo van sus senos amorosas,
Hoy que la noche se extendió en el mar.
Y de su cáliz de marfil turgente
Exhalan sus aromas virginales,
Al soplo de los áridos terrales
Que hace de amor sus pétalos temblar.

Y te contemplo allí, muda inclinando
Tu rostro que el dolor cubre sombrío,
Inundado del llanto que el hastío,
No el amor de otro tiempo te arrancó.
Ya estás marchita, y te pidiera en vano
Para alentar mi lánguida existencia
De los deleites la ardorosa esencia;
Ya el cáliz de tu seno se agotó.

Separarnos debemos para siempre,
Y un tormentoso porvenir ahorremos;
Nuestros votos mentidos olvidemos,
Fué nuestra historia un sueño de placer!
Libres nos deja el desengaño impío
Cuya segur odiosa nos separa;
Como libres también nos encontrara
Antes de unirnos la esperanza ayer.

. . . . . . . . . . . . .

Ya las aves del mar en tardo vuelo
Van á las rocas á buscar su nido,
Y el tumbo de la mar enfurecido
Su espuma arroja hirviendo á nuestro pie.
Entre el capuz de tenebrosa noche
Se ha perdido á lo lejos la montaña;
Del pescador la lumbre en la cabaña
Pálida y triste fulgurar se vé.

Vamos, señora, por la vez postrera
Nuestro sueño á dormir bajo de un techo;
Porque la noche próxima, en tu lecho
Solitaria y ya libre te hallarás.

Debemos darnos sin llorar, sin pena,
El triste adiós del desencanto ahora :
¡Oh, sí!...... mañana al despuntar la aurora
Alejarme por siempre me verás!





## AL SALIR DE ACAPULCO

(Á BORDO DEL VAPOR « ST-LOUIS »
DE LA LÍNEA DEL PACÍFICO, EL 30 DE OCTUBRE
DE 1863,
Á LAS ONCE DE LA NOCHE.)

. . . . . . Aun diviso tu sombra en la ribera,
Salpicada de luces cintilantes,
Y aun escucho á la turba vocinglera

De alegres y despiertos habitantes
Cuyo acento lejano hasta mi oído
Viene el terral trayendo, por instantes.

Dentro de poco ¡ay Dios! te habré perdido,
Última que pisara cariñoso
Tierra encantada de mi Sur querido.

Me arroja mi destino tempestuoso,
¿ Adónde ? no lo sé ; pero yo siento
De su mano el empuje poderoso.

¿ Volveré ? tal vez no ; y el pensamiento

Ni una esperanza descubrir podría
En esta hora de huracán sangriento.

Tal vez te miro el postrimero día,
Y el alma que devoran los pesares
Su adiós eterno desde aquí te envía.

Quédate, pues, ciudad de los palmares
En tus noches tranquilas arrullada
Por el acento de los roncos mares,

Y á orillas de tu puerto recostada,
Como una ninfa en el verano ardiente
Al borde de un estanque desmayada.

De la sierra el dosel cubre tu frente,
Y las ondas del mar siempre serenas
Acarician tus plantas dulcemente.

¡ Oh suerte infausta! me dejaste apenas
De una ligera dicha los sabores,
Y á desventura larga me condenas.

Dejarte ¡ oh Sur ! acrece mis dolores,
Hoy que en tus bosques quédase escondida
La hermosa y tierna flor de mis amores.

Guárdala ¡ oh Sur ! y su existencia cuida,
Y con ella alimenta mi esperanza,
Porque es su aroma el néctar de mi vida !

. . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . .

Mas ya te miro huir en lontananza,
Oigo alegre el adiós de extraña gente,
Y el buque, lento en su partida avanza.

Todo ríe en la cubierta indiferente;
Sólo yo con el pecho palpitando,
Te digo adiós con labio balbuciente,

La niebla de la mar te va ocultando;
Faro, remoto ya, tu luz semeja;
Ruge el vapor, y el Leviathan bramando

Las anchas sombras de los montes deja.
Presuroso atraviesa la bahía,
Salva la entrada y á la mar se aleja;

Y en la llanura lóbrega y sombría,
Abre con su carrera acelerada
Un surco de brillante argentería.

La luna entonces, hasta aquí velada,
Súbita brota en el zafir desnuda,
Brillando en alta mar. Mi alma agitada
Pensando en Dios, la inmensidad saluda!



LIBRO II

---

# *A una sombra.*



## EN LA MUERTE DE CARMEN

*In æternum vale.*

¡Tanto esperar!... ¡tanto sufrir, y en vano!
¡Morir las ilusiones tan temprano!
¡Tanta oración perdida y tanto afán!
Así después de bárbaras fatigas,
Ve el labrador quebrarse sus espigas
Al soplo destructor del huracán!

¿Conque es verdad, Señor? ¿Después de tanto
Suspirar por un bien, en el quebranto
De mi lánguida y mísera niñez,
Cuando una dicha me aparece apenas,
De Tántalo al martirio me condenas
Y te enfureces contra mí otra vez?

¿Qué te he hecho yo, criatura desdichada
Que arrastro una existencia envenenada
Por el amargo filtro del dolor,
Para que tú, Dios grande omnipotente,
Así descargues en mi débil frente
Los golpes sin cesar de tu furor?

¿ Mi delito es vivir ? Tú lo quisiste.
¡ Ay ! Tú me has dado le existencia triste
Que me tortura y que me cansa ya,
Tú que otros séres al placer destinas,
Una corona dísteme de espinas
Que el corazón despedazando va.

Tal vez en vano en mi dolor le ruego ;
Es el Acaso el que preside ciego
Del oscuro universo en el caos ;
¡ Él nos destina á bárbara existencia
Con implacable y fría indiferencia ;
Es un fantasma la piedad de Dios !

Si blasfemo ¡ perdón ! En mi martiro
El corazón se abrasa, y el delirio
Trastorna mi cerebro, sí ; ¡ piedad !
Soy un amante triste y desolado,
El astro de mis dichas ha eclipsado,
Con su negro capuz la eternidád.

¡ Corred... oh !... ¡ mas corred, lágrimas mías !
Ya se apagó la antorcha de los días
De mi nublada y pobre juventud !
Una mujer, un ángel de consuelo
Fugaz me apareció... y eterno duelo
Dejóme al ocultarla el ataúd.

Miradla inerte... ¿ comprendéis ahora,
Almas que habéis amado, por qué llora
Con lágrimas de sangre el corazón?
¿ Sabéis lo que es una mujer querida

Cuyo amor alimenta nuestra vida ?
¿Sabéis lo que es perderla ? ¡Maldición!

Es ¡ ay ! perder, el que cansado vaga,
La única linfa que su sed apaga
Del desierto en el tórrido arenal.
Es ¡ ay ! perder el pobre condenado
Que cruzara este mundo, desdichado,
La esperanza en la vida celestial.

Esa mujer me amó... mis años lentos
De soledad, de hastío, de tormentos,
Por ella, por su amor solo olvidé.
Era mi Dios, mi pecho solitario
Fué de su imagen perennal santuario;
Como á Dios adoraba, la adoré.

Cambióse el mundo, para mí sombrío,
Cuando me apareció, bello ángel mío,
Riente, puro, dulce, encantador,
Con su mirada lánguida y ardiente,
Con el pudor divino de su frente
Y con su seno trémulo de amor.

Azucena purísima y lozana
Abriéndose al calor de la mañana,
Al beso del cefir primaveral.
¡ Oh ! ¿ quién dijera que secar podría
Aun antes de llegar á medio día
El sol, su cáliz blando y virginal ?

¡ Mujer, adiós ! ¡ pudiera yo animarte

Con mi ósculo de fuego, y contemplarte
Apasionada y tierna sonreir!
¡Verte, en tu seno derramar mi lloro,
Y jurarte de nuevo que te adoro,
Y á tus plantas después, mi bien, morir!

Ángel, adiós... tu alma refulgente
Brilla á los pies del Dios omnipotente,
Y amante aún me mira... desde allí.
Cuando el Señor sonría á tus caricias,
Y te arrebate en célicas delicias,
Ángel... mi amor, acuérdate de mí.

Y cuando cruces el azul del cielo,
Nunca te olvides de inclinar tu vuelo
Á este lóbrego mundo de dolor.
Yo te veré, yo seguiré tus huellas
Entre el blanco vapor de las estrellas,
Y de la luna al pálido fulgor.

Yo invocaré tu imagen bienhechora
Para que me consuele en esa hora
De silencio solemne y de quietud.
Porque ¡ay! entonces turbarán mi calma
Las negras tempestades de mi alma,
Reliquia de mi triste juventud.

Yo escucharé tu voz en la armonía
De la floresta al despuntar el día,
De las palmas al lánguido vaivén.
Y en la callada tarde solitaria,
Cuando murmure triste mi plegaria

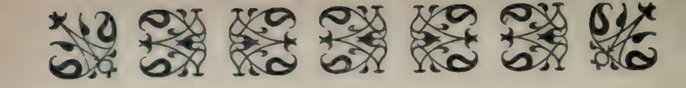
En el Ocaso te veré también.

Del mundo en la borrasca tenebrosa
Tu sublime mirada esplendorosa
Será la estrella que me guíe, mi luz.
Y en mis impías horas de demencia,
El fuego iré á encender de mi creencia
De tu sepulcro en la escondida cruz.

¡ Adiós ángel, adiós ! en mi tormento
Mi existencia será solo un lamento;
Mas con tu dulce imagen viviré.
Adiós, sueños rosados, dulces horas,
Dulces como el placer y engañadoras!
¡ Adiós, mi amor y mi primera fé !

1858.





## AL PIE DEL ALTAR

*Transeat á me calix iste.*

Vengo á tu templo con la faz sombría
Y con el alma enferma de pesar,
Buscando alivio en la desgracia mía
Junto á la yerta losa de tu altar.

Jamás te importuné con mis plegarias;
Sufría ,..... y nada te pedí, Señor:
Yo he gemido en mis noches solitarias
Devorando en silencio mi dolor.

Pero hoy no puedo más..... hoy sí te pido
Que termines clemente mi sufrir;
Un siglo de pesar mi vida ha sido;
Es mi esperanza única morir.

No me aguarda en el mundo sino llanto,
Miseria, desengaño, padecer,
Eterno desamor, tenaz quebranto,
Soledad y tristeza por doquier.

Yo no tengo ya objeto en mi camino,
La estrella de mi norte se eclipsó;
Voy cual desierto buque sin destino,
Que horrible temporal despedazó.

Tú no querrás que viva encadenado
Á una existencia desdichada así,
Por el triste recuerdo atormentado
De la dulce esperanza que perdí.

Ya basta de sufrir; tras largos días
De pesar silencioso y hondo afán,
Siento acabarse y las fuerzas mías,
Secas las fuentes de mi llanto están.

Tú que concedes á otros en el mundo
Honores, bienestar, oro y poder,
Ten compasión de mi pesar profundo,
Concédeme la dicha de *no ser*.

¿He de apagar cual bárbaro homicida
La luz que anima mi existir, Señor?
Jamás lo intentaré, tuya es mi vida......
¡Pase de mí este cáliz de dolor!

1858.





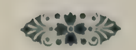
## EN SU TUMBA

*Ut flos ante diem flebilis occidit.*

Ayer la ví brotar fresca y lozana
Como una flor que acarició la aurora,
Cuando al primer albor de su mañana
El puro cáliz de su pecho abrió.

Hoy de la muerte á la fiereza impía
Mi pobre virgen se agostó por siempre,
Como la débil flor que al medio día
Sobre su tallo mustio se dobló.

1858.





## PENSANDO EN ELLA

„ *¿ For why should we mourn for the blest ?* "

BYRON.

¿ Por qué tanto suspiro y duelo tanto ?
¿ Por qué verter á su recuerdo el llanto ;
¡ Oh, alma mía ! si tus ojos ven
Entre las nieblas del pesar profundo,
Que un condenado hay menos en el mundo,
Y un arcángel hay más en el edén ?

¿ No ves cruzar la imagen de tu amada,
Pura y feliz, la bóveda azulada
Por dó las nubes y los astros van ?
¿ No ves de su semblante los destellos ?
¿ Por qué afligirte entonces por aquellos
Que ya en la luz del paraíso están ?

Mírala va en el cielo : hasta su planta
En tus horas más lúgubres levanta

Tu esperanza cristiana y tu oración.
  Y que renazcan de tu fé las flores ;
Ella vela por tí ; sufre y no llores,
No llores más, mi pobre corazón.

1858.





## AL XUCHITENGO

¡Oh, Dios! ¿quién me diera volver á esos días
De goces tranquilos y sueños de amor,
Y allí en tus riberas azules y umbrías,
Dormir escuchando tu dulce rumor?

¡Qué pronto pasaron mis horas risueñas,
Mis blancas visiones, mis noches de paz!
¡Qué pronto pasaron, hiriendo halagüeñas
Mi pecho, á su paso, con dicha fugaz!

Tristísima invoca venturas pasadas
El alma doliente que gime sin fé;
Tristísimas buscan mis yertas miradas
Allí entre tus bosques al ángel que amé

Tú fuiste de amores felices, testigo:
Mi Carmen, tus playas ardientes pisó:
Su voz escuchaste, tú fuiste su amigo,
Tu linfa su imagen divina espejó,

Por que ella buscaba tu lecho de flores

Que anima el aliento de un Mayo eternal,
Y el búcaro tibio de blandos olores
Que suave acaricia tu limpio cristal.

¡ Qué tardes hermosas allí en tus riberas;
Qué dulce es el rayo del sol junto á tí !
Qué sombras ofrecen tus verdes mangueras,
Qué alfombras de césped se extienden allí !

La flor del naranjo la brisa embalsama,
Los nardos perfuman el bosque también ;
El mirto silvestre su aroma derrama,
Y el plátano esbelto refresca la sien.

¡ Oh río ! mi historia de dicha tú vistes,
Allí en tus riberas borrada estará.....
Vinieron mis tiempos nublados y tristes,
Aquella divina mujer....... murió ya !

Tan sólo me queda la dulce memoria
De aquel desdichado, ternísimo amor,
Cual vago reflejo de pálida gloria,
Cual de astro que pasa fugaz esplendor.

¿ Te acuerdas ? yo iba las flores cogiendo
Más frescas y puras, en pos de mi bien,
Y ella guirnaldas hermosas tejiendo,
Que luego adornaban su cándida sien.

¡ Oh ! sí, ¡ cuántas veces con rojas verbenas
Los negros cabellos joyantes trenzó,

Y al ver en tus linfas azules, serenas,
Su imagen tan bella, contenta sonrió !

Aun nacen las rosas aquí en tus riberas,
Aun cantan las aves sus himnos quizás,
Aun todo contento respira..... y ¿ mi amada ?
No puedes volvérmela, no, murió ya !

Sin ella, ¿ qué vales, qué ofreces, ¡ oh río !
¿ Qué vale ni el mundo, ya muerto el amor ?
No busco ya solo, tu encanto sombrío,
¡ Oh ! déjame, lejos, llevar mi dolor.

¡ Oh Dios ! ¿ quién me diera volver á esos días
De goces tranquilos y sueños de amor,
Y allí en tus riberas azules y umbrías,
Dormir escuchando tu dulce rumor ?

1858.





## RECUERDOS

(Á MI MADRE)

Se oprime el corazón al recordarte,
Madre, mi único bien, mi dulce encanto;
Se oprime el corazón y se me parte,
Y me abrasa los párpados el llanto.
Lejos de tí y en la orfandad, proscrito;
Verte no más en mi delirio anhelo,
Como anhela el precito
Ver los fulgores del perdido cielo.

¡Cuánto tiempo, mi madre, ha trascurrido
Desde ese día en que la negra suerte
Nos separó crüel!...... Tanto he sufrido
Desde entonces, oh Dios, tanto he perdido,
Que siento helar mi corazón la muerte!

¿No lloras tú también, ¡oh madre mía!
Al recordarme, al recordar el día
En que te dije adiós, cuando en tus brazos
Sollozaba infeliz al separarme,

Y con el seno herido, hecho pedazos,
Aun balbucí tu nombre, al alejarme ?

Debiste llorar mucho. Yo era niño
Y comencé á sufrir, porque al perderte
Perdí la dicha del primer cariño.
Después, cuando en la noche solitaria
Te busqué para orar, sólo vió el cielo,
Al murmurar mi tímida plegaria,
Mi profundo y callado desconsuelo.

Era una noche oscura y silenciosa,
Sólo cantaba el buho en la montaña;
Sólo gemía el viento en la espadaña
De la llanura triste y cenagosa.
Debajo de una encina corpulenta
Inmoble entonces me postré de hinojos,
Y mi frente incliné calenturienta.

¡ Oh ! cuánto pensé en tí, llenos los ojos
De lágrimas amargas !...... la existencia !
Fué ya un martirio, y erial de abrojos
El sendero del mundo con tu ausencia.

Mi niñez pasó pronto, y se llevaba
Mis dulces ilusiones una á una;
No pudieron vivir, no me inspiraba
El dulce amor que protegió mi cuna.
Vino después la juventud insana,
Pero me halló doliente caminando
Lánguido en pos de la vejez temprana,
Y las marchitas flores deshojando
Nacidas al albor de mi mañana.

Nada gocé ; mi fé ya está perdida ;
El mundo es para mí triste desierto ;
Se extingue ya la lumbre de mi vida,
Y el corazón, antes feliz, ha muerto.

Me agito en la orfandad, busco un abrigo
Donde encontrar la dicha, la ternura
De los primeros días ; — ni un amigo
Quiere partir mi negra desventura.
Todo miro al través del desconsuelo ;
Y ni me alivia en mi dolor profundo
El loco goce que me ofrece el mundo,
Ni la esperanza que sonríe en el cielo.

Abordo ya la tumba, madre mía,
Me mata ya el dolor.... voy á perderte,
Y el pobre sér que acariciaste un día
Presa será temprano de la muerte !

Cuando te dije adiós, era yo niño :
Diez años hace ya ; mi triste alma
Aun siente revivir su antigua calma
Al recordar tu celestial cariño.
Era yo bueno entonces, y mi frente
Muy tersa aún tu ósculo encontraba......
Hace años, de dolor la reja ardiente
Allí dos surcos sin piedad trazaba.
Envejecí en la juventud, señora ;
Que la vejez enferma se adelanta,
Cuando temprano en el dolor se llora,

Cuando temprano el mundo desencanta
Y el iris de la fé se descolora.
Cuando contemplo en el confín del cielo,
En la mano apoyando la mejilla,
Mis montañas azules, esa sierra
Que apena á vislumbrar mi vista alcanza,
Dios me manda el consuelo,
Y renace mi férvida esperanza,
Y me inclino doblando la rodilla,
Y adoro desde aquí la hermosa tierra
De las altas palmeras y manglares,
De las aves hermosas, de las flores,
De los bravos torrentes bramadores,
Y de los anchos ríos, como mares,
Y de la brisa tibia y perfumada
Dó tu cabaña está, mujer amada.

Ya te veré muy pronto, madre mía;
Ya te veré muy pronto, ¡ Dios lo quiera !
Y oraremos humildes ese día
Junto á la cruz de la montaña umbría,
Como en los años de mi edad primera.

Olvidaré el furor de mis pasiones,
Me volverá riëntes una á una
De la niñez las dulces ilusiones,
El pobre techo que abrigó mi cuna.
Reclinaré en tu hombro mi cabeza,
Escucharás mis quejas de quebranto,
Velarás en mis horas de tristeza
Y enjugarás las gotas de mi llanto.

Huirán mi duda, mi doliente anhelo,
Recuerdos de mi vida desdichada;
Que allí estarás, ¡ oh ángel de consuelo !
¡ Pobre madre infeliz..... madre adorada!

**México, 1858.**



LIBRO III

—

# *Cinerarias.*



# !

¡Aun vives, corazón! vives.... palpitas.....!
¿Qué es esto, corazón?... te creí muerto...
¿Por qué tiemblas así, por qué te agitas
En tu sepulcro destrozado y yerto?

¿Acaso una pasión?.... me da pavura:
Si un tiempo resistí sereno y fuerte,
Me falta ya valor en la tortura,
Y otro dolor me causará la muerte.

Aun el amargo dejo hay en mi boca.
De ese cáliz fatal que apuré un día;
Hoy si mi labio, por mi mal, lo toca...
¡Oh, no lo quiera Dios!... sucumbiría.

Recuerdo pertinaz nubla mi frente;
Mi juvenil vigor siento agotado;
Quiero acabar siquiera indiferente
El valle que infeliz he atravesado.

¡Silencio, corazón, duerme y olvida
Que fuiste niño y que sentir supiste;
La lumbre de tu fé se halla extinguida,
Duerme en la noche de tus dudas, triste!

Agonizante ardor, chispa postrera
Que por mi helada sangre se desliza,
No puedes ya existir, porque la hoguera
Que ardió voraz, se convirtió en ceniza.

¡Buscar aún la dicha en el camino,
Para encontrar al fin de pena tanta,
Solo el miraje que ama el peregrino,
Y más se aleja, mientras más le encanta!

¡Amor!... ¿buscas amor? ¡delirio triste!
¿No está la llama de tu fé extinguida?
¡Amor! ¿lo crees aún?.... ¿piensas que existe?...
¡Silencio, corazón, duerme y olvida!

1863.





## A***

¿Quién del corazón responde?
Hoy juntos, mujer querida,
En la aurora de la vida
Nuestros destinos están;
Pero mañana... ¿quién sabe
Dó nos lleven las congojas,
Como de un árbol dos hojas
Que arrebata el huracán?

Se evapora en este mundo
La esencia de los amores,
Como el frescor de las flores
En el calor estival.
Y con el paso del tiempo
Se ahuyenta la fé del alma,
Cual se ahuyenta de una palma
El verdor primaveral.

Tú me has jurado mil veces
Un amor tierno y constante;
Yo también te juré amante
Pura, santa, eterna fé.

Pero quizá, irresistible,
Del hado la fuerza impía,
Á olvidar me obligue un día
Lo que á tus plantas juré.

Tal vez, mujer, anhelando
Á la de otro unir tu suerte,
Mi pecho hieras de muerte
Con tu altanero desdén.
No hay que fiar en las ondas,
No hay que fiar en los vientos,
Del alma en los juramentos,
De la vida en el vaivén.

Hay un destino implacable
Que á nuestra vida preside,
Y que del hombre decide
La dicha y el porvenir.
Contra esa mano de hierro
Nuestro corazón se estrella,
Y en vano lucha, porque ella
Lo subyuga hasta morir.

Si á tal influencia, perjuros
Nuestras promesas rompemos,
Al destino obedecemos;
Culpas de él las nuestras son.
Amémonos hoy; mañana...
En nuestro poder no cabe
Cumplir un voto... ¡quién sabe!
¡No se manda al corazón!

1862.



# PERJURIO

A***

Pálido el rostro, en lágrimas bañado,
Y ocultando en mi hombro tu alba frente,
Con el seno oprimido y agitado,
Mi mano presa entre la tuya ardiente,

Murmuraste tu adiós. « Voy á alejarme,
» Te dije, y voy de mi lealtad seguro;
» ¿En tu constante amor podré fiarme?
» — Tú respondiste: *¡Siempre! ¡te lo juro!* »

Me aparté de tus brazos mudo y triste,
Un infierno llevando el alma mía;
Tú, mi mano al soltar, desfalleciste
Trémula y desmayada en tu agonía.

¡Delirios del amor!.... ¿quién en la vida
Cree ya del juramento en la locura,
Si el alma, reina en sierva convertida
Á romper sus cadenas se apresura?

*¡Siempre!*.... ¡si apenas nace el sentimiento
Cuando el cansancio presuroso llega!
¡Si el deleite que dura es un tormento!
¡Si la luz que más brilla es la que ciega!

*¡Siempre!*... ¡la realidad de la existencia,
Del ideal los sueños desbarata;
Y del amor la fugitiva esencia
El soplo de los tiempos arrebata!

*¡Siempre!*.... ¡imposible y loco devaneo!
Del recuerdo la lumbre, en la memoria
Sólo se aviva al soplo del deseo.
¡Tal es del alma la constante historia!

¡Tierra del corazón! ¡tierra mezquina
Dó nada vive, ni arraigarse quiere!
Donde hasta el mal, efímero germina
Y así naciendo, fructifica y muere!

. . . . . . . . . . . . .

Hénos aquí del uno el otro lejos;
Las tristes horas del adiós pasaron....
Y del amor los tímidos reflejos
En el mar de la ausencia se apagaron.

En la ilusión de ayer, ¿quién piensa ahora?
¿Verdad que me olvidaste?.... lo presumo,
Y á mí, otro fuego el alma me devora:
¿Lo ves, mujer?...., el juramento es humo.

Y así debe de ser: ¿la confianza
Quién en ajeno corazón encierra?
¿Quién va á plantar la flor de la esperanza
Sobre ese limo que arrojó la tierra?

Que nunca el alma la tristeza oprima
Y de hoy el lazo que el de ayer deshaga;
Porque el amor guardándose, lastima;
Sólo el que pasa fugitivo, halaga.

Y ha de vivir, la vida del perfume
Que exhala el cáliz de la flor temprana;
La del débil rocío que consume
El primer resplandor de la mañana,

Y así, señora, demos al olvido
Eso que el labio prometió inexperto;
Guardando nuestro amor.... fuera mentido,
Pasó muy pronto, pero así fué cierto.

Desde hoy, indiferencia: si algún día,
Por el mismo camino nos cruzamos,
La faz serena y la mirada fría,
No dirán que culpables perjuramos.

Nadie sabrá que un tiempo los sentidos
Ebrios de nuestro amor, y tantas veces,
En apurar pasamos embebidos
Del deleite la copa hasta las heces.

Nadie sabrá tampoco que hora alguna
De placer, amargó letal tormento;

Que nuestro corazón sintió importuna
La espina de tenaz remordimiento.

Nada quitó mi amor de tu belleza,
Ni el fuego intenso que en tus ojos brilla,
Ni la altivez que anima tu cabeza,
Ni las rosas que tiñen tu mejilla.

Ni un surco más en la tostada frente,
Ni una lágrima menos en la vida,
Ni otro dolor que mi desdicha aumente.
Nada me deja tu lealtad perdida.
. . . . . . . . . . . . . .

Y adiós!.... que el goce del perjurio pueda
Darte más dicha que te dí, señora;
Que yo, el absintio que en labio queda
Voy á endulzar con mi placer de ahora.





# MARÍA

Allí en el valle fértil y risueño,
Dó nace el Lerma y, débil todavía
Juega, desnudo de la regia pompa
Que lo acompaña hasta la mar bravía;
Allí donde se eleva
El viejo Xinantecatl, cuyo aliento
Por millares de siglos inflamado,
Al soplo de los tiempos se ha apagado,
Pero que altivo y majestuoso eleva
Su frente que corona eterno hielo
Hasta esconderla en el azul del cielo;

Allí donde el favonio murmurante
Mece los frutos de oro del manzano
Y los rojos racimos del cerezo
Y recoge en sus alas vagarosas
La esencia de los nardos y las rosas;

Allí por vez primera
Un extraño temblor desconocido,
De repente, agitado y sorprendido
Mi adolescente corazón sintiera.

Turbada fué de la niñez la calma,
Ni supe qué pensar en ese instante
Del ardor de mi pecho palpitante
Ni de la tierna languidez del alma.

Era el amor: mas tímido, inocente,
Ráfaga pura del albor naciente,
Apenas devaneo
Del pensamiento virginal del niño;
No la voraz hoguera del deseo,
Sino el risueño lampo del cariño.

Yo la miré una vez — virgen querida
Despertaba cual yo, del sueño blando
De las primeras horas de la vida:
Pura azucena que arrojó el destino
De mi existencia en el primer camino,
Recibían sus pétalos temblando
Los ósculos del aura bullidora
Y el tierno cáliz encerraba apenas
El blanco aliento de la tibia aurora.

Cuando en ella fijé larga mirada
De santa adoración, sus negros ojos
De mí apartó; su frente nacarada
Se tiñó del carmín de los sonrojos;
Su seno se agitó por un momento,
Y entre sus labios espiró su acento.

Me amó también. — Jamás amado había;
Como yo, esta inquietud no conocía,
Nuestros ojos ardientes se atrajeron

Y nuestras almas vírgenes se unieron
Con la unión misteriosa que preside
El hado entre las sombras, mudo y ciego,
Y de la dicha del vivir decide
Para romperla sin clemencia luego.

¡Ay! que esta unión purísima debiera
No turbarse jamás, que así la dicha
Tal vez perenne en la existencia fuera:
¿Cómo no ser sagrada y duradera
Si la niñez entretejió sus lazos
Y la animó, divina, entre sus brazos
La castidad de la pasión primera?

Pero el amor es árbol delicado
Que el aire puro de la dicha quiere,
Y cuando de dolor el cierzo helado
Su frente toca, se doblega y muere.

¿No es verdad? ¿no es verdad, pobre María?
¿Por qué tan pronto del pesar sañudo
Pudo apartarnos la segur impía?
¿Cómo tan pronto oscurecernos pudo
La negra noche en el nacer del día?

¿Por qué entonces no fuimos más felices?
¿Por qué después no fuimos más constantes?
¿Por qué en el débil corazón, señora,
Se hacen eternos siglos los instantes,
Desfalleciendo antes
De apurar del dolor la última hora?

¡Pobre María! entonces ignorabas
Y yo también, lo que apellida el mundo
Amor... amor! y ciega no pensabas
Que es perfidia, interés, deleite inmundo,
Y que tu alma pura y sin mancilla
Que amó como los ángeles amaran
Con fuego intenso, mas con fé sencilla,
Iba á encontrarse sola y sin defensa
De la maldad entre la mar inmensa.

Entonces, en los días inocentes
De nuestro amor, una mirada sola
Fué la felicidad, los puros goces
De nuestro corazón.... el casto beso,
La tierna y silenciosa confianza,
La fé en el porvenir y la esperanza.

Entonces.... en las noches silenciosas,
¡Ay! cuántas horas contemplamos juntos
Con cariño las pálidas estrellas
En el cielo sin nubes cintilando,
Como si en nuestro amor gozaran ellas;

Ó el resplandor benéfico y amigo
De la callada luna,
De nuestra dicha plácida testigo,
Ó á las brisas balsámicas y leves
Con placer confiamos
Nuestros suspiros y palabras breves.

¡Oh! ¿qué mal hace al cielo
Este modesto bien, que tras él manda

De la separación el negro duelo,
La frialdad espantosa del olvido
Y el amargo sabor del desengaño,
Tristes reliquias del amor perdido?

Hoy sabes qué es sufrir, pobre María,
Y sentiste al presente
El desamor que mezcla su hiel fría
De los placeres en la copa ardiente,
El cansacio, la triste indiferencia,
Y hasta el odio que impío
El antes cielo azul de la exitencia
Nos convierte en un cóncavo sombrío,
Y la duda también, duda maldita
Que de acíbar eterno el alma llena,
La enturbia y envenena
Y en el caos del mal la precipita.

Muy pronto, sí, nos condenó la suerte
Á no vernos jamás hasta la muerte;
Corrió la primer lágrima encendida
Del corazón á la primer herida,
Mas pronto se siguió el pesar profundo,
Del desdén la sonrisa amenazante
Y la mirada de odio chispeante,
Terrible reto de venganza al mundo.

Mucho tiempo pasó. — Triste seguimos
El mandato cruel del hado fiero
Contrarias sendas recorriendo fuimos
Sin consuelo ni afán.... Y bien, señora,
¿Podemos sin rubor mirarnos ora?

¡Ah! ¡qué ha quedado de la virgen bella!
Tal vez la seducción marcó su huella
En tu pálida frente ya surcada,
Porque contemplo en tus hundidos ojos
Señal de llanto y lívida mirada
Con el fulgor de acero de la ira.
Se marchitaron los claveles rojos
Sobre tus labios ora contraídos
Por risa de desdén que desafía
Tu bárbaro pesar, pobre María!

Y yo.... yo estoy tranquilo:
Del dolor las tremendas tempestades,
Roncas rugieron agitando el alma;
La erupcion fué terrible y poderosa...
Pero hoy volvió la calma
Que se turbó un momento,
Y aunque siente el volcán mugir violento
El fuego adentro dél, nunca se atreve
Su cubierta á romper de dura nieve.
. . . . . . . . . . . . . .

Continuemos, mujer, nuestro camino.
¿Dónde parar?.... ¿Acaso lo sabemos?
¿Lo sabemos acaso? Que el destino
Nos lleve, como ayer: ciegos vaguemos,
Ya que ni un faro de esperanza vemos.
Llenos de duda y de pesar marchamos,
Marchamos siempre, y á perdernos vamos
¡Ay! de la muerte en el oceano oscuro.
¿Hay más allá riberas?.... no es seguro,
Quién sabe si las hay; mas si abordamos

A esas riberas torvas y sombrías
Y siempre silenciosas,
Allí sabré tus quejas dolorosas,
Y tú también escucharás las mías.

1864.





## LA CRUZ DE LA MONTAÑA

*O crux, ave, spes unica.*

Héme al pie de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fé, vacilo y me confundo....
¡ Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena;
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quién Jesús de Nazareth llamaba.
Santa misión de amor le inspiró el cielo;
Paz y amor predicó, y en el Calvario
Al morir, trocó en signo de consuelo
El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entonces ¡ oh Cruz! cuando en mi fren
El surco apareció de la tristeza,

Corrí á tu altar, humilde y reverente,
Á inclinar afligido mi cabeza,
Y de mi llanto á desatar la fuente.
Y hallaron siempre alivio mis dolores;
Siempre el aliento de la fé volviera
A mi nublado cielo sus colores,
Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
Su gallardo esplendor de primavera.

Mas ¡ ay de mí ! tras mis primeros años
Vinieron en tropel tétricas horas;
Vino otra edad de negros desengaños;
Y á la luz de sus pálidas auroras,
He inclinado la faz entristecida,
Al mirar cuál tornó mustio y sombrío
El panorama inmenso de mi vida
La dura mano del destino mío.

Ya no habitaba entonces mi cabaña,
Ni vivía la madre tierna y pura
Que me enseñó á adorar en la montaña
Ó en el fresco vergel de la llanura,
La Cruz agreste que el pastor venera,
Y que tiene por techo los espacios,
Y por eterna alfombra la pradera.

Yo estaba en la ciudad... allí el creyente
Busca los grandes templos suntüosos
De columnas de mármol esplendente,
De ricos artesones primorosos,
De altares de marfil... quiere embriagarse
En la nube de aromas que se exhala

De los fulgentes incensarios de oro,
Y adormecer sus lánguidos sentidos
Á los ecos del órgano sonoro,
De la profana música remedo;
Fariseo sensual y sibarita,
Quiere adorar á Dios como el levita
Ó como el vil pontífice pagano.
¿Yo prosternarme allí? ¿yo ser cristiano
Con ese culto hipócrita? ¡no puedo!

Y vine á verte en la montaña oscura,
Aquí en las altas rocas solitarias
Del venerable bosque en la espesura;
Vengo á verter el llanto de amargura
Al murmurar mis férvidas plegarias.

Por fin ya te encontré, ¡signo sublime!
Virgen de humillación, como quería;
Cual te buscaba siempre el alma mía,
Que tanto y tanto la desgracia oprime.

¡Oh! tú no tienes los altares de oro
Que aquella gente hipócrita venera,
Ni aquí resuena el órgano sonoro,
Ni el perfumado cirio reverbera;
Pobre te alzas aquí... mas yo te adoro
Con el cariño de mi fé primera.

No tienes más adorno que las flores
Que el inocente leñador cortara
De los esbeltos juncos cimbradores
Para alfombrar el césped de tu ara

Ó de campestres lirios, la cadena
Que pastora infeliz ofreció pía,
Cuando con labio trémulo pedía
Tu protección en su amorosa pena.

Te da sus perlas la naciente aurora
En argentada lluvia de rocío,
Del íris con las tintas te colora
El sol de las mañanas del estío;
La piedra de tu altar, arrulladora
Lame la blanca linfa de ese río,
Que va después entre la selva oscura
El soto á fecundar y la llanura.

Cantan aquí sus himnos perennales
La enamorada tórtola inocente,
Y el alegre centzontli, y los turpiales
En los enmarañados bejucales
Y en la verde espadaña del torrente,
Mientras que de los riscos, espumantes
Gimen las roncas aguas, despeñadas,
En sus grutas de pórfido encerradas.

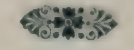
Tú eres humilde, ¡oh Cruz! pero estás pura;
Aquí no llega el corrompido aliento
Del mundo vil, ni el bacanal acento
Que alza la humanidad en su locura.
Tú eres muy pobre ¡oh Cruz! pero elocuente
Me hablas ahora, como hablar solías
Al ardoroso apóstol, al creyente
Que te adoraba en los antiguos días.

Así te quiso el Redentor del mundo,
Que te escogió en el bosque centenario
Para abrazarte con dolor profundo
En su santo martirio del Calvario.
Y así debes estar, entre tus flores,
En tus añosos bosques escondidos,
Consolando los tímidos dolores,
Aliviando los pechos oprimidos.

¡Santa y sublime Cruz! ¡soy desdichado!
Ruge la tempestad de los pesares
Dentro mi corazón desesperado.
¡Vengo á buscar consuelo en tus altares!
Dame de mi niñez blando el sosiego;
Que vuelva al corazón la antigua calma;
¡Consuelo del cristiano, te lo ruego!
Yo tengo mustia y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
En tí, mi dulce y única esperanza;
Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
Aquí hallaré la paz y la bonanza.
Y cuando enlute el velo funerario
Mi triste frente, y al dolor sucumba,
Tú, Cruz humilde, cubrirás mi osario,
Y tus violetas ornarán mi tumba.

1859.





## EN EL ÁLBUM DE LUZ

Nardo de este jardín, luz de este cielo,
Dulce cáliz de amor y de consuelo,
    Ideal del cariño;
Casta visión de encantos misteriosos,
Blanca, como los ángeles hermosos
Que ve en sus sueños sonriendo el niño.

Al contemplarte, virgen inocente,
Al ver tus ojos y tu casta frente
    Que revelan la calma
De tu existencia en flor risueña y pura,
Calla el dolor, disípase la oscura
Terrible tempestad que agita el alma.

¡Y pensar, desdichado, que me ausento,
Cuando apenas ayer tu blando acento
    Ha llegado á mi oído,
Tierno como las quejas de la ave,
Cual los suspiros del amor, suave,
Cual despedida postrimer, sentido!

Hermosa niña, ¡adiós! ¡Ay! me es preciso
Romper esta visión de paraíso.
  Mi cáliz de consuelo
Voy á cambiar por mi erial de espinas
El edén que perfumas é iluminas,
Nardo de este jardín, luz de este cielo!

**Colima, Febrero de 1865.**





## Á ISABEL

(EN SU ÁLBUM)

Sereno cielo azul, sol esplendente.
Grandes nubes de púrpura y de gualda
Limitando los mares de esmeralda.

Aquí un volcán, cuya altanera frente
Una corona ciñe trasparente
De nieves y de brumas; y á lo lejos,
En continuas y espesas oleadas,
Las sierras de la costa iluminadas
De la luz tropical por los reflejos.

Bosques do quier de ceibas altaneras,
De arrayanes frondosos,
De gallardas palmeras
Bañadas por torrentes espumosos,

Y al pie de las parotas seculares,
Junto á mansos arroyos,
Agrupados los verdes platanares

Que entoldan con sus hojas
Los naranjos cubiertos de azahares.

Arcos de perfumados floripondios
Sobre las frescas linfas,
Circundadas de eneldos y de mirtos
Como baños de ninfas.

Y pájaros, y flores, y cefiros,
Formando á todas horas
Con sus cantos, aromas y suspiros,
Un raudal de delicias bienchechoras,
Del alma adolorida arrulladoras.

Este el santuario es donde se elevan
Tus dorados altares,
Majestuosa beldad de negros ojos
Y de atrevida frente,
Ante quien el creyente
Debe culto rendir puesto de hinojos.

Este el santuario es, dó en mi camino
Lleno de admiración vine á encontrarme,
Cuando pobre y cansado peregrino
A esta playa feliz quiso arrojarme
La voluntad potente del destino.

Mi corazón ardiente,
Que lo bello idolatra y lo grandioso,
Tu mágico poder adora y siente,
Y con amor inmenso,

Á tus plantas se acerca
También á tributar su humilde incienso.

Recíbelo, Isabel, y una mirada
Pague mi adoración, con una dulce
Sonrisa de tus labios de granada.

Después voy á alejarme, mas llevando
Tu imagen hechicera
En el sagrario del cariño oculta.

¡Ay! ojalá que siga
Un recuerdo siquier de tu alma amiga
La estela de mi buque,
Y el camino erial, oscuro, incierto,
Que tengo que seguir penosamente
De una vida infeliz en el desierto.

Y cuando en algún día,
De la aflicción la tempestad sombría
Ruja dentro del alma,
Para volver á la anhelada calma
Evocaré tu nombre,
Y tu recuerdo dulce y sonriente
Disipará la nube de desgracia
Que abrume entonces mi tostada frente.

Colima, febrero de 1864.





## A . . . . . . . .

¡ Voy á decirte adiós !... pero no llores...
Nos separa la mano del destino
Que ha cavado una sima en el camino
Que debimos andar juntos los dos.
Debemos desunirnos en silencio;
Yo disculpable soy, y tú inocente;
Pero un hondo pesar nubla mi frente,
Y antes que sufras mi desgracia... ¡ adiós !

¿ Lo ves ? El cielo nos negó la dicha,
¿Qué le hicimos al cielo ?... ¡ nada... nada !
Ni tú mujer, sensible y adorada,
Ni yo que siempre infortunado fuí.
Mas nos separa... obedecer es fuerza
Su voluntad terrible y poderosa ;
Yo arrastraré una vida dolorosa,
Que él me condene y que te salve á tí.

Ninguna queja amarga de tu labio
Desgarre ya mi pecho dolorido,
¡Oh! ten piedad de mí, mucho he sufrido,
Y para más no tengo corazón.

Tú lo sabes muy bien, antes de amarte
Era tranquilo, y apacible y tierno;
Mas después que te amé, tornóle infierno
El inmenso volcán de mi pasión.

¡Cuál te he amado, mujer! No hubo en el mundo
Un sacrificio que por tí no hiciera,
Un lazo que por tí no destruyera,
Todo á tus plantas ¡ay! deposité.
Te consagré las horas de mis noches,
Los pensamientos de mis negros días,
Y hasta olvidé, mujer, ¿qué más querías?
Por tí, mi dicha, mi ambición, mi fé.

Nada te pido en cambio, ni el recuerdo
De mis pasados y hórridos dolores,
Ni un suspiro siquiera, ni me llores;
Que todo es vano para amarnos ya.
Enjuguemos los ojos y callemos,
Y démonos sin llanto en esta vida
Nuestra postrer y triste despedida,
Que es nuestra hora de perdón quizá!

Abrázame y no llores... sé orgullosa
Y sufre con valor tu desventura;
Apuremos el cáliz de amargura,
Sin miedo vil, sin vacilar los dos.
Que cubra nuestra historia negro olvido;
No te entristezcas... mira, en lontananza
Hay una luz siquiera de esperanza,
¡La lumbre del osario! ¡adiós! ¡adiós!

1858.



## AL DIVINO REDENTOR

(PLEGARIA EN UNA FIESTA DE LA MONTAÑA).

*Deus, tu conversus vivificabis nos : et plebs tua lætabitur in te.* — PSALM. LXXXIV, V. 7.

¡ Oh mártir del Calvario... sublime Nazareno
Que escuchas del que sufre la tímida oración,
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,
Que alientas del que es débil el triste corazón.

Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes
En la miseria yacen ; ¡ protégelos, Señor!
Tú ves cómo se muestran en sus tostadas frentes,
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.

En tiempos ¡ ay! mejores con tierno y dulce acento,
Vinieron á cantarte de tu madero al pie ;
Mas hoy las agrias heces apuran del tormento,
Y sólo con su llanto te expresarán su fé.

¡ Perdón ! Hoy no pudimos en medio á los pesares
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,

Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.

Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
Baluartes los peñascos de la montaña son,
Cadáveres de hermanos tapizan la llanura,
Y en vez de los arados arrástrase el cañón.

En los maizales tiernos las cañas se doblegan,
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
Las linfas abrasadas del río ya no riegan
Sino collados mustios y estéril bejucal.

Nosotros, desdichados, debajo la cabaña
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,
Temblando por la guerra que invade la montaña,
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.

Conturban las congojas el alma del creyente,
De duelo está la patria, de duelo está el hogar;
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente
Descarga rudos golpes la mano del pesar.

Señor, cuando en un tiempo vagaban perseguidos
Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sostén:
Tus hijos también somos, llegamos afligidos
Al pie de tus altares; ¡ protégenos también!

Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos,
Si á México contemplas, ¡ oh! sálvala Señor!
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.

¡Oh, cuál en tu presencia renace la esperanza!
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir!
¡Ah, sí, la blanca aurora ya surge en lontananza!
Gracias, Señor, ¡es ella!... la paz del porvenir!

Entonces quemaremos incienso en tus altares;
Y en vez de esas coronas de fúnebre saúz,
Tendremos frescas palmas y frutos á millares,
Y flores de los campos que adornarán tu cruz.





## A OFELIA PLISSÉ

(EN SU ÁLBUM)

Yo no te ví jamás; pero hubo un día
En que un patriota y joven peregrino
Que de esa tierra donde existes, vino
Hasta las playas de la patria mía,
Conmovido me habló de tu hermosura
Que de una diosa el don llamarse puede,
Y que admirable y rara, sólo cede
Á la santa virtud de tu alma pura.

— Cruzaba yo, me dijo tristemente,
Mi camino erial desfallecido,
Temiendo sucumbir, más de repente
Me encontré sorprendido
Al levantar mi dolorida frente,
Con un carmen florido,
Que resguardan altivos cocoteros,
Que embalsaman oscuros limoneros,
Y que esmaltan jazmines y amapolas,
Y que mecen pujantes
De dos oceanos las inmensas olas.

— Es Panamá la bella, la cintura
De la virgen América, allí donde
Del mundo de Colón el cielo esconde
La grandeza futura.

Como símbolo santo, hermoso y puro
De esa edad venturosa y anhelada,
Cuya luz ya descubre la mirada
Del porvenir en el confín oscuro,
Existe una beldad, joven risueña,
Inteligente, dulce y seductora
Como un amante en sus afanes sueña,
Como un creyente en su delirio adora.

— Es Ofelia, la diosa de ese suelo,
La maga de ese carmen encantado,
De dicha imagen, ideal deseado,
El astro fulgurante de aquel cielo.

La perfumada flor, la que descuella,
De corola gentil, fresca y lozana,
Abriéndose á la luz de la mañana
En los jardines ístmicos — es ella!

— Allí la admiración le erigió altares,
Incienso le da Amor — la Poesía
Le consagra dulcísimos cantares;
Y un himno inmenso Libertad le envía
Entre el ronco suspiro de los mares.

— Yo la ví, la adoré — cual peregrino
Á quien la mano del dolor dirige;

Adorarla y pasar fué mi destino.
¡ Ay ! yo me alejo, mi deber lo exige,
Mas su recuerdo alumbra mi camino ;
Yo llevaré su imagen por do quiera,
Y confundiendo en uno mis dolores
Y en un objeto uniendo mis amores,
Yo escribiré su nombre en mi bandera.

— Tú á esa tierra lejana
En las dóciles alas de los vientos
Envía de tu lira los acentos
Á esa beldad que he visto, soberana.

Así me dijo el joven peregrino
Y siguió con tristeza su camino.

Mi alma adora lo bello, y cree, señora ;
Te conoce sin verte, y su fé es tanta,
Que como al Dios á quien no ha visto, ahora
Como ha cantado á Dios, así te canta.
Como ha adorado á Dios, así te adora.

Acapulco, Julio de 1865.





## LA CAÍDA DE LA TARDE

(Á ORILLAS DEL TECPAM)

Mirar como traspone las montañas
El sol, cansado al fin de su carrera,
De este río sentado en la ribera,
Escuchando su ronco murmurar.
Ó ver las aves que con tardo vuelo
Van á las ramas á buscar descanso,
Ó mis ojos clavar en el remanso
Que oscurece la sombra del palmar.

Á esta mustia soledad salvaje
Venir ¡ ay triste! á demandar remedio,
En mi constante y doloroso tedio ;
Y el pesar abatiéndome después.
Y pasar afligido hora tras hora,
De la ausencia en el lóbrego martirio ;
De un imposible afán en el delirio...
¡ Esta, lejos de tí, mi vida es !

Tu recuerdo tenaz nunca se esconde
En el oscuro abismo de mi mente,

Y el fuego de tu amor, aun vive ardiente,
Abrasándome siempre el corazón,
  No vale huir de tí... que el alma loca
Vuela á do estás, en alas del deseo,
Ó te atrae hacia mí, y aquí te veo,
Sombra á quien presta vida mi pasión !

  Y evoco las memorias de otros días
Que dichosos, mas breves trascurrieron,
Pero que amantes al pasar nos vieron
Desmayados, del goce en la embriaguez.
  Y pido á estas riberas la ventura
De esas horas de amor dulces y bellas,
Mas ¡ ay ! no pueden darme lo que aquellas
En que te ví por la primera vez.

  Nada me sonríe ya, cuando va el cielo
Tiñendo de carmín por un instante,
Desde su tumba de oro, fulgurante,
Del tibio sol la moribunda luz.
  Nada promete á mi esperanza ansiosa,
Á mi deseo audaz ó á mi pena,
La noche, cuando, de delicias llena,
Va envolviendo la tierra en su capuz.

¡ Ay ! y las palmas, las hermosas palmas
Que tú tan gratas para siempre hicieras,
Á ninguno, sus tristes cabelleras
Hoy acarician, de nosotros dos.
  Y cuando entre sus ramas solitaria,
Cayendo va la estrella de la tarde

Tu mirada semeja, como ella arde,
Así ardía en tu postrer adiós.

Y esa pálida estrella vespertina
Que un momento en el cielo resplandece,
Y que declina pronto y desparece,
Semeja así nuestro pasado bien!
Hé ahí lo que me queda, recordarte,
De esta fatal ausencia en el hastío,
Y pensar que en los bordes de ese río.
Tal vez tú lloras por mi amor también.

1864.





## A........

De antiguo templo en la derruida nave
Donde silencio es todo y soledad,
La paloma un asilo buscar suele,
Para vivir en paz.

Y aquí en mi corazón callado y triste
Que el culto de otro amor no turba ya,
Refugio á tu inocencia hallar podrías,
Sobre el desierto altar.

Ni el nombre de los númenes que un día
Efímeros vivieron, hallarás;
Que una sombra siquiera en mis recuerdos
Que te lastime, no hay.

Así, tranquila flor, tú resguardada
Serás del mundo por mi tierno afán,
Yo, en cambio, aspiraré dichoso y mudo
Tu aroma virginal





## EN EL ÁLBUM DE J.

(INÉDITA)

Señora, adiós !.... En los oscuros días
En que huyó de mi Patria la victoria,
Un pobre canto á mi amistad pedías;
Yo te dejo mi adiós. En tu memoria.

Y entre dulces recuerdos de ventura,
Conserva esta palabra de amargura,
Guarda esta ronca voz de despedida
Y siga siempre tu mirada pura
La negra estela de mi triste vida.

Mujer de corazón, patriota ardiente,
¡ Cuánto vas á sufrir al ver hollada
Dentro de poco por extraña gente,
De nuestra tierra la ciudad sagrada !

Dios vele sobre tí, mientras que fiera
La adversidad nuestra bandera azota,
Mientras que osado el invasor impera
Y vuelve aliento al alma del patriota.

Yo te dejo mi adiós, bella señora,
En cambio llevo tu amistad querida
Que brillará cual lumbre bienhechora
Entre las densas nieblas de mi vida.

**México Mayo 31. — 1863.**





## LA PLEGARIA DE LOS NIÑOS

(INÉDITA)

— « En la campana del puerto
Tocan, hijos, la oración.....
¡ De rodillas !.... y roguemos
Á la madre del Señor,
Por vuestro padre infelice,
Que há tanto tiempo partió,
Y quizás esté luchando,
De la mar con el furor.
Tal vez á una tabla asido
¡ No lo permita el buen Dios!
Náufrago triste y hambriento,
Ya al sucumbir sin valor,
Los ojos al cielo alzando
Con lágrimas de aflicción,
Dirija el adiós postrero
A los hijos de su amor.
¡ Orad, orad, hijos míos,
La Virgen siempre escuchó,
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor. »

En una humilde cabaña
Con piadosa devoción,
Puesta de hinojos y triste
Á sus hijos así habló
La mujer de un marinero,
Al oir la santa voz
De la campana del puerto
Que tocaba la oración.

Rezaron los pobres niños
Y la madre con fervor;
Todo quedóse en silencio
Y después sólo se oyó,
Entre apagados sollozos
De las olas el rumor.

. . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . .

De repente en la bocana
Truena lejano el cañón,
¡ *Entra buque !* allá en la playa
La gente ansiosa gritó.
Los niños se levantaron,
Mas la esposa en su dolor
— No es vuestro padre, les dijo,
Tantas veces me engañó
La esperanza, que hoy no puede
Alegrarse el corazón.

Pero después de una pausa
Ligero un hombre subió

Por el angosto sendero
Murmurando una canción.

Era un marino.... era el padre!
La mujer palideció
Al oirle, y de rodillas
Palpitando de emoción,
Dijo : — ¿ Lo veis, hijos míos ?
La Virgen siempre escuchó
La plegaria de los niños
Y los ayes del dolor.

Acapulco, 1865.





## EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DESFONTAINES

(QUE SE VERIFICÓ EN EL GENERAL DEL ANTIGUO COLEGIO DE LETRÁN)

(INÉDITA)

....Apartad de la guerra fratricida,
Vuestros cansados ojos.. . ved ahora,
Esta esperanza dulce y seductora
De la Patria infeliz, patria querida,
Enmedio de la negra desventura,
Cuando demandas moribunda al cielo,
Pase de tí ese cáliz de amargura,
Te escucha Dios y un ángel de consuelo
Te muestra esa niñez hermosa y pura.

Esa niñez que hoy tímida, inocente
Ya recoge afanosa en los umbrales
Del templo del saber, para su frente
Guirnaldas mil y mil primaverales
Y augura ya desde su edad temprana

Que irá atrevida á conquistar mañana
De la ciencia los lauros inmortales.

Hoy que la vida duelos nos ofrece,
Hoy que la mente sin consuelo vaga
Y abandonarnos el Señor parece,
Esta luz adorable no se apaga,
Esta dulce esperanza nos halaga,
Este ensueño de paz nos adormece.

Se columbra, cada año que se avanza
En la noche del tiempo, nueva aurora,
Encierra el porvenir nueva esperanza,
Nos alumbra una luz más brilladora,
La tierna juventud menos alcanza
De esta fiebre cruel que nos devora,
De este furor de un tiempo de matanza
En que, en lucha postrer el fanatismo
A la ignorancia exalta fratricida
Ó enmascara falaz al ateísmo.

Viéndolo estáis.... la humanidad camina
Y ¡ cuán grandiosa y fuerte se presenta
Con el sol alumbrada de la imprenta
Y armada con el rayo. La divina
Libertad de este siglo todo inventa,
Todo lo inútil del pasado arruina.

De la vil ignorancia las postizas
Galas rodaron en menudas trizas,
De odiosos privilegios los vestigios
Cayendo van y tórnalos cenizas

El poderoso aliento de los siglos.

. . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . .

¡ Oh ! sí, pura niñez, tuyo es el día
De luz y paz, de verdadera gloria,
Tú no tendrás de esta época sombría
Sino la amarga y fúnebre memoria.

Dios que contempla nuestro mal te ayuda,
Él prepara la dicha á tu inocencia
Espera, espera, á una época de duda,
Vá á suceder un tiempo de creencia.

La igualdad de la ley á la insolencia
De los hombres soberbios y mezquinos,
Y vá á regir entonces tus destinos
En lugar del cañón, la sacra ciencia.

Vas á ser más feliz, niñez querida,
Que los jóvenes harto desdichados
Que alcanzamos un tiempo de tristeza,
Que al contemplar nuestra ilusión perdida,
Nos sentimos de duelo quebrantados,
Inclinamos temprano la cabeza,
Y cruzamos la senda de la vida,
Escépticos, tal vez ó indiferentes,
Con el alma cansada y dolorida,
Y una arruga precoz en nuestras frentes.

Tú no serás así, tu edad de flores
De sueños y esperanzas lisonjeras

Muy pronto va á á pasar, pero tú esperas....
¿ Qué te importan del mundo los furores ?
Aquel que siente de virtud la calma,
Aquel que sigue el bien y en Dios confía,
El huracán del mundo desafía
Y afronta el porvenir, serena el alma.

Vas á ser más feliz.... pero no olvides
De loca juventud en la inconstancia,
Estas horas serenas de la infancia
Si, para siempre de ella te despides.

Conserva su memoria dulce y blanda
Que te hará mucho bien en este suelo
En tus momentos de amargura infanda
Y en tus horas de duda y desconsuelo.

Que cuando brota del pesar el lloro
Y el alma gime de dolor herida,
Alivia el recordar los sueños de oro
De las risueñas albas de la vida.

¡ Cuántas veces recuerdo mi montaña
Sus altas arboledas cimbradoras,
El ancho río que sus rocas baña,
Y aquel humilde albergue, la cabaña,
Donde pasé de mi niñez las horas !

¡ Cuántas también de mi cristiana madre
El puro y tierno y celestial cariño,
De esa pobre mujer que fué mi encanto,
Que dirigió mi corazón de niño,

Que me enseñaba al borde de las fuentes,
Debajo de las ceibas seculares,
Ó al rumor de los blandos platanares,
Oraciones sencillas y fervientes
Que repetí con labios balbucientes,
De la agreste capilla en los altares,
Cuando el incienso con los frescos ramos
De mirtos y caléndulas silvestres
Iba á ofrecer como homenaje tierno
Á la virgen del campo, protectora
De la pobreza de mi hogar paterno !

Pero basta, niñez.... iba á decirte
Que soy feliz al ver sobre tus sienes
La corona más bella de la infancia
Que como premio de tu afán obtienes.
Hoy del triunfo te halaga el dulce arrullo
Y para ser tus dichas más cabales,
Vé á presentar tu frente con orgullo
Á los ardientes besos maternales.

Lleva la dicha en tu cariño santo
Á tu modesto hogar, y aun espera
Si conservas constante tu ardimiento
Más guirnaldas coger en tu carrera.

Aguarda, aguarda, llegará tu día,
Tal vez muy pronto con placer lo veas
Espera en Dios que tu camino guía,
Y hasta llegar allá.... ¡ bendita seas !
¡ Dulce esperanza de la Patria mía !

1858.



## Á ORILLAS DEL MAR

(INÉDITA)

Esos bosques de ilamos y de palmas
Que refrescan las ondas murmurantes
Del cristalino Tecpan, al cansado
Pero tranquilo labrador conviden
En los ardores de la ardiente siesta
A reposar bajo su sombra grata,
Que él sí podrá sin dolorosa lucha
Libre de afanes entregarse al sueño.

Mas yo que el alma siento combatida
De tenaces recuerdos y cuidados
Que sin cesar me siguen dolorosos,
Olvido y sueño con esfuerzo inútil,
En vano procuré. La blanda alfombra
De césped y de musgo, horrible lecho
De arena ardiente y de espinosos cardos
Fué para mí. De la inquietud la fiebre
Me hace de allí apartar, y en mi tristeza,
Vengo á buscar las solitarias dunas
Que el ronco tumbo de la mar azota.

Esta playa que abrasa un sol de fuego,
Esta llanura inmensa que se agita,
Del fiero Sud al irritado soplo,
Y este cielo dó van espesas nubes
Negro dosel en su reunión formando
Al infortunio y al pesar convienen.

Aquí, los ojos en las ondas fijos,
Pienso en la Patria ¡ ay Dios ! Patria infelice,
De eterna esclavitud amenazada
Por extranjeros déspotas. La ira
Hierve en el fondo del honrado pecho
Al recordar que la cobarde turba
De menguados traidores, que en malhora
La sangre de su seno alimentara,
La rodilla doblando ante el injusto,
El más injusto de los fieros reyes
Que á la paciente Europa tiranizan,
Un verdugo pidiera para el pueblo,
Que al fin cansado rechazó su orgullo.

Vencidos en el campo del combate
Á pesar de su rabia, por las huestes
Que la divina Libertad exalta,
Su dominio impostor aniquilado
Por la verdad que al fin esplendorosa
Tras de la noche del terror alumbra.

Sacrílegos alzando en los altares
Con la cruz del profeta de los pueblos
El pendón de la infame tiranía,
Y allí sacrificando, no á la excelsa,

No á la santa virtud, sino al odioso
Idolo de Moloc de sangre lleno,
Vampiro colosal que no soñara
La barbarie jamás, en esos siglos
De crimen y de error que las tinieblas
De antigüedad lejana nos ocultan.

Nunca hiciera procaz el sacerdocio
De la mentida religión pagana,
Tantos, al pueblo, desastrosos males,
Como el que sirve al Dios de las virtudes
De México infeliz en los santuarios.

Que los dioses de Menfis y de Tebas
El horror á Cambises predicaban,
Y aquel acento que inspiraba en Delfos
La voluntad del servidor de Apolo
El valor de la Grecia sostenía
Contra el terrible Persa, que su imperio
Sobre innúmeros pueblos extendiera,
Y aquel acento prometió la gloria
De Maraton, Platea y Salamina
Y la acción de Leonidas admirable.

El Capitolio ó Cannas deplorando,
Al africano con su voz contuvo;
Del templo de Israel salió radioso
Para triunfar el bravo Macabeo
Y de los Druidas la sagrada encina
Miró á sus piés las aguilas de Varus.

¿Quién no admira al teopixque valeroso

En el templo mayor del Marte azteca
Convocando al sonar del cuerno sacro
De Acamapich á los heroicos hijos,
Á defender el moribundo imperio?

¿Quién no vé del imán la mano airada
Dirigiendo el alfanje del creyente
Sobre el fiero francés que oprime el Cairo?

¿Quién no olvida del monje el fanatismo
El dos de Mayo, al recordar sus iras
Y al mirarle después en Zaragoza
Sobre el montón de escombros humeantes?

Solo tú, sacerdocio descreído,
Llamas al invasor y lo encaminas
Y lo recibes en tapiz de flores.
Y alabanzas le entonas sobre el campo
Que aun empapa la sangre de los héroes
Que el honor de la Patria defendieron,
Y que riega con lágrimas, el hijo
Digno de una nación desventurada.

¡Y aun sacrílego invocas todavía
En favor del verdugo que llamaste,
En sacrificio odioso, las divinas
Bendiciones de Dios, como si el alto
Y omnipotente Sér á tanta mengua
Á tu clamor infame, descendiese!

Y después, las cadenas que forjaste
Ofreces al tirano, en tu venganza,

Cobarde y vil, soñando con la eterna
Esclavitud de México, ominosa.
¿Y es posible, gran Dios, que tal permitas?

¡Ah sacerdocio! A mi infelice pueblo
¿De qué espantoso infierno te arrojaran?
Y á México jamás ¿qué bien hiciste?
Es el oro tu Dios, tus templos antros
Dó enseñas la traición ¡maldito seas!
Tu nombre manchará baldón eterno
Y horror será del espantado mundo.

El alma misma del francés patriota
Con profundo desprecio te contempla.
¡Santo amor de la Patria! tú que animas
Los pechos todos ¿te repugna acaso
El alma negra y vil del sacerdote
Que allí no ardió jamás tu puro fuego?

¡Digna alianza del crimen! los magnates
Que tantos años hace, envilecidos,
Ante el corcel de sangre salpicado
De los sátrapas todos, se prosternan,
Vienen también mostrando halagadores
En el marchito seno de sus hijas
Su tributo humillante y oprobioso;
Y sus frentes manchadas con el limo
De todas las vergüenzas, inclinando
Delante del francés, parias le rinden.

¡Cómo abrigan las águilas francesas
Bajo sus alas que meció la gloria

Y sólo dan su sombra á los valientes,
Á esos bandidos que rechaza airada
Doquier la humanidad! Nunca los bosques
De la áspera Calabria, ni la arena
Del árabe desierto, ni las torvas
Soledades del Norte, que ligero
Cruza el indio feroz, vieran un día,
Tantos delitos bárbaros y horribles
Cual cometieran en su infanda lucha
En mi Patria infeliz, los despiadados
Guerreros de la cruz y de la iglesia!

¡Francia! país de corazón tan grande,
De pensamiento generoso y libre,
Tú que alumbraste al mundo esclavizado
Y soplaste en el alma de los pueblos,
En los modernos siglos, ese odio
Que va minando el trono de los reyes;
Tú que llevando escrita en tus banderas
Con sangre y luz, la libertad del mundo,
En su solio espantaste á los tiranos,
Y en su altar sepultaste al fanatismo:

Tú que recuerdas con tremenda ira
Las orgías del inglés en tus hogares,
Y el insultante grito del cosaco
Al pisar el cadáver del imperio,
¿Cómo vienes ahora en tus legiones
El lábaro feroz de la ignorancia
Y de la injusta y negra servidumbre
Á un pueblo libre que te amó, trayendo?
¿Tu misión olvidaste con tu historia

Y manchas tus blasones, despreciando
Tu pura fama, al interés vendida?

¿Es que existen naciones, como existen
Embusteros profetas, que fingiendo
Sacrosanta virtud, al cielo ultrajan,
Borrando el hecho lo que dijo el labio?

Yo te miro república naciente
Ahogar la débil libertad de Roma;
Yo te miro después apresurada
Dar un abrazo al Austria sobre Hungría;
Yo te miro más tarde abandonando
De los tzares al fiero despotismo
La suerte ¡ay! de la infeliz Polonia,
Y voy á maldecirte.... y me detengo,
No eres tú, no eres tú, pueblo grandioso
Que á la divina Libertad consagras
Dentro tu corazón ardiente culto,
Sino el tirano odioso que te oprime
Raquítico remedo de aquel hombre
Colosal que cayó, cuya grandeza
De escaño sirve y pedastal y asilo
A la ambición del mísero pequeño.

Tal el nombre de César y de Augusto
Tiranos, sí; mas grandes, elevara
La oscura mezquindad de Cayo el loco
De imbécil Claudio y de Enobarbo infame.

Tú gimes, tú también, pueblo de libres
Encadenado ahora al solio férreo

Que tu paciencia sufre y abomina;
Mas su injusticia y su furor acusan
El grito de tus nobles desterrados
Y la voz varonil de tus tribunos
Y la cólera santa que te agita.

En tanto, de mi Patria los fecundos
Campos abrasa el fuego de la guerra,
Gimen sus pueblos y la sangre corre
En los surcos que abriera laborioso
El labrador que con horror contempla
El paso de tus huestes destructoras.

Ruge el cañón y con su acento anuncia
La elevación de un rey en esta tierra
De la América libre, cuyo jugo,
Es veneno letal á los tiranos,
Y esta nueva desgracia, todavía
Mi triste patria á tus soldados debe.

El trono del Hapsburgo se levanta
Sobre bases de sangre y de ruina,
¿Cómo existir podrá, si sus cimientos
El amor de los pueblos no sostiene?
Su ejército servil corre furioso,
A sangre y fuego su pendón llevando;
La falacia precede tentadora,
Que á las almas mezquinas avasalla;
Y se diezman del pueblo las legiones,
Y los pechos menguados desfallecen,
Y en el cielo parece que se eclipsa
De Libertad la fulgurante estella!

¡Solemne instante de angustiosa duda
Para el alma de cieno del cobarde!
¡Solemne instante de entusiasmo fiero
Para el alma ardorosa del creyente!
¡Oh no, jamás! La Libertad es grande,
Como grande es el Sér de donde emana
¿Qué pueden en su contra los reptiles?

. . . . . . . . . . . . . .

Ya encendido en el cielo el sol parece
Entre nubes de púrpura brillando...
¡Es el astro de Hidalgo y de Morelos
Nuncio de guerra, de venganza y gloria,
Y el que miró Guerrero en su infortunio
Faro de libertad y de esperanza,
Y el que vió Zaragoza en Guadalupe
La sublime victoria prometiendo!

Á su esplendor renuévase la lucha,
Crece el aliento, la desgracia amengua;
La ancha tierra de México agitada
Se estremece al fragor de los cañones,
Desde el confín al centro, en las altivas
Montañas que domina el viejo Ajusco,
Del Norte en las llanuras y en las selvas
Fieras de Michoacan y donde corren
El Lerma undoso y el salvaje Bravo;
De Oaxaca en las puertas que defienden
Nobles sus hijos de entusiasmo llenos
Y en el áspero Sur, altar grandioso
Á libertad por siempre consagrado.
Y en las playas que azota rudo Atlante

Y en las que habita belicoso pueblo
Y el Pacífico baña majestuoso.

Sí, donde quiera en la empeñada lucha
Altivo el patrio pabellón ondea,
¿Qué importa que el cobarde abandonando
Las filas del honor, corra á humillarse
Del déspota á las plantas, tembloroso?
¿Qué importa la miseria? ¿qué la dura
Intemperie y las bárbaras fatigas?
¿Qué el aspecto terrible del cadalso?
Este combate al miserable aparta,
Del desamparo el fuerte no se turba
Solo el vil con el número bravea.
¡Cuán hermoso es sufrir honrado y libre,
Y al cadalso subir del despotismo
Por la divina Libertad, cuán dulce!
. . . . . . . . . . . . . .
¡Oh! yo te adoro, Patria desdichada,
Y con tu suerte venturosa sueño,
Me destrozan el alma tus dolores
Tu santa indignación mi pecho sufre.
Ya en tu defensa levanté mi acento
Tu atroz ultraje acrecentó mis odios,
Hoy mis promesas sellaré con sangre
Que en tus altares consagré mi vida!

El triunfo aguarda, el porvenir sonríe,
Pueda el destino favorable luego,
Dar á tus hijos que combaten bravos
Menos errores y mayor ventura.

Pero si quiere la enemiga suerte
De nuevo hacer que encadenada llores
Antes que verte en servidumbre horrenda
Pueda yo sucumbir, oh Patria mía.

Galeana 1864.





## NOTA

A propósito de mi composición intitulada : « *A Ofelia Plissé* », creo necesario decir algunas palabras que son indispensables en esta nueva edición de mis *Rimas* y que no pudieron serlo en las anteriores porque aun no existía el motivo que me obliga á escribir la presente nota.

En el mes de Junio de 1865, me hallaba en Acapulco cuando llegaron á ese puerto, de que estaba en posesión todavía el gobierno republicano (que luchaba entonces con la intervención y el llamado Imperio), los jóvenes oficiales de nuestro ejército, Bernardo Smith y Agustín Lozano, procedentes de Panamá y que se dirigían á San Francisco de la Alta California para buscar desde allí la manera de incorporarse al ejército del Norte.

Los dos jóvenes, que eran amigos míos, permanecieron algunos días en Acapulco en espera del vapor que debía conducirlos á San Francisco. En ese tiempo me refirieron las peripecias de su viaje desde México hasta Panamá, atravesando la América Central, y se manifestaron agradecidos sobre todo al Sr. Miró, nuestro

cónsul en Panamá, y al Sr. Plissé, comerciante de ese puerto, por la acogida cordialmente amistosa que les dispensaron durante su permanencia en el istmo. Agustín Lozano que tiene especial gusto en regalar *albums* á las señoritas, pensaba proporcionarse uno muy elegante en San Francisco para enviárselo á la encantadora señorita *Ofelia*, hija del Sr. Plissé y una de las beldades con que se enorgullece Panamá. Me hizo prometerle que escribiría algunos versos en las primeras páginas y se lo prometí con gusto. Efectivamente, lo primero que hizo Lozano en San Francisco fué comprar un hermoso álbum y me lo envió á Acapulco para que escribiera, como escribí, la composición que figura entre mis *Rimas* con la dedicatoria « *A Ofelia Plissé* ». Y el álbum fué enviado á la bella joven, quien lo conserva desde entonces con aprecio, según me lo ha escrito su padre recientemente. Como conservé una copia de esos versos, la envié á *La Voz de México* y al *Nuevo Mundo*, periódicos mexicanos que se publicaban por aquellos días en San Francisco, los cuales la publicaron en Julio de 1865, siendo reproducida después por varios periódicos de la América del Sur. De uno de aquellos periódicos tomé la composición para insertarla en las *Rimas* cuando las publiqué coleccionadas por la primera vez.

Después de publicada la segunda edición, supe con cierta sorpresa que en un bello volumen que había publicado en París mi amigo el ilustrado escritor chileno D. José Domingo Cortés, con el título de « *Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano,* » estaba inserta mi composición, pero atribuída á la señorita *Mercedes Salazar de Cámara*, y

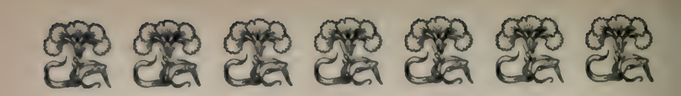
mutilada en su última parte en donde se revelaba que el autor de los versos era un hombre. Evidentemente el Sr. Cortés fué engañado. Alguno quiso, por un espíritu de travesura de muy mal gusto, enviar al empeñoso compilador sud-americano estos versos, como escritos por una poetisa mexicana, y al efecto inventó el nombre de *Mercedes Salazar de Cámara*. Ahora bien: la señorita Mercedes Salazar de Cámara no existe.

Yo sentí que el Sr. Cortés hubiese sido víctima de un engaño, y tanto más cuanto que no lo merece por su empeño en hacer conocer en Europa nuestra literatura, y por su ilustración y bondad que le han hecho escribirnos frecuentemente pidiéndonos informes, apuntes y composiciones para publicar su *Diccionario de contemporáneos hispano-americanos*, su *América Poética* y otros libros. Él, pues, ha apelado á la buena fé de nuestros escritores. No merecía ser engañado.

Cuando llegó á México el tomo de las *Poetisas Americanas*, yo estaba en Jalapa, de paseo, y allá recibí la carta que publicó en el *Federalista* mi querido amigo el distinguido escritor Francisco Sosa, que hizo conocer desde luego el engaño sufrido por el Sr. Cortés.

La inserto en seguida, y siento haberme visto obligado á escribir esta nota con motivo de una composición que ciertamente no vale la pena, por ella misma, pero como comprenderán los lectores, sin una aclaración como la presente y siendo conocida la compilación del Sr. Cortés en toda la América latina, era preciso dejar bien sentada la paternidad que me corresponde, aunque se trate de una hija defectuosa é insignificante.

Hé aquí la carta del Sr. Sosa:



# PLAGIOS LITERARIOS

## CARTA ABIERTA A I. M. ALTAMIRANO

Sr. Lic. Ignacio M. Altamirano,
Redacción del *Federalista*, Octubre 4 de 1875.

Muy querido Nacho:

En Abril del año actual, publicó en París el Sr. José Domingo Cortés, escritor sud-americano, un libro intitulado « Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano ». Positivo deseo tenía yo de conocer esa obra, para ver, antes que cualquiera otra cosa, el nombre de nuestras poetisas, pues no sé qué triste suerte cabe siempre á México en las publicaciones extranjeras, que nunca se le hace cumplida justicia, único favor, si así puede llamarse, que nos atrevemos á pedir á los extraños que hablan de nosotros. Presentía yo que el Sr. Cortés, como tantos otros, habría relegado al último y más pobre lugar á las poetisas mexicanas, y tenía yo cierto temor de que el compilador sud-americano hubiese publicado su libro sin contar con datos seguros para hacer una obra buena. Aumentáronse mis temores al leer en la *Revista Universal*

un artículo escrito por el Sr. Martí en el que, con ese estilo brillante que le caracteriza, indicaba el poco acierto del Sr. Cortés en la elección de las composiciones de las poetisas de Cuba. Antier hubo de llegar á mis manos el libro en cuestión. Realizáronse mis temores y deploré, una vez más, la ligereza con que proceden muchas veces las personas al formar una obra, destinada á circular profusamente y á dar idea del movimiento intelectual de los pueblos.

No me detendré á señalar á vd. todos y cada uno de los defectos de que adolece la recopilación del Sr. Cortés, porque es otro el objeto que me impulsa á dirigir á vd. esta carta. Con pena tengo que decir á vd. sencillamente que el libro no puede ser peor. La mayor parte de los nombres que en él figuran me son perfectamente conocidos, y he echado de menos las más inspiradas, las más correctas poesías debidas á la musa hispano-americana. Lástima grande que tan esmerada edición no corresponda al mérito literario de la obra!

México está representado por Dolores Guerrero, Isabel Prieto, Esther Tapia y Mercedes Salazar de Cámara, esta última totalmente desconocida entre nosotros.

De Dolores Guerrero sólo pone el Sr. Cortés la poesía intitulada « A una estrella », que no es, sin duda, la mejor, sino la menos bella, la menos importante de sus composiciones, y deja en olvido sus apasionados versos eróticos, cuya inmensa ternura conquistó, para la autora, el renombre de poetisa.

De Esther Tapia, « Dios » y « El genio ».

De Isabel Prieto, « La caída de las hojas » y « Las dos primaveras ».

De Mercedes Salazar de Cámara...

Aquí tengo que detenerme más, porque ese nombre desconocido es el que ha motivado estas líneas.

Es una cosa que llama verdaderamente la atención que en un libro en que se han omitido tantos nombres dignos de figurar en él, aparezca uno que tal vez sólo exista en la mente del Sr. Cortés. No creo necesario enumerar á vd. los nombres de las poetisas cuya ausencia he notado. Mejor que yo las conoce vd., y básteme decirle quiénes han merecido del Sr. Cortés la honra de formar parte de su recopilación. Pero volviendo á Mercedes Salazar de Cámara, sepa vd., mi querido amigo, que al llegar á la página 305 de las « Poetisas americanas », hallé que se le atribuye á esa incógnita señora la poesía que, con el título de « A Ofelia Plissé, en su álbum », publicó vd. en las páginas 125 y siguientes de sus preciosas *Rimas*. Gracias á que no tengo tan mala memoria, y más aún á la circunstancia de ser esa poesía una de las que, entre las de vd., he leído siempre con sumo placer, descubrí al punto el plagio. He comparado ambas ediciones, es decir, la del tomo publicado por el Sr. Cortés en París, y la que escribió vd., en Acapulco en Julio de 1865, y publicó entre sus *Rimas*.

Hay algunas ligeras variaciones en la primera, como verá vd. por la copia que le acompaño, y la presunta autora se permitió mutilar la poesía al final; pero de tan desgraciada manera, que suprimió los siete últimos versos que completan el sentido de la composición, y que encierran, en mi concepto, nada menos que el pensamiento capital, y al mismo tiempo el más hermoso de toda la poesía.

Aunque esto de los plagios literarios ya no me sorprende porque á cada paso descubro uno nuevo, he creído útil llamar á vd. la atención en esta vez. Se trata ahora de un libro lujosamente impreso y encuadernado, y que según todas las probabilidades, obtendrá notable circulación, y es preciso evitar que llegue un día en que, al leer entre las poesías de vd. la que hoy aparece bajo el nombre de una señora, quien no le conozca, ponga en duda al verdadero autor.

Estos casos de plagios literarios van repitiéndose tan á menudo, que no hace muchos días descubrí que una señorita se apropia los versos no ya de un amante, sino de varios poetas mexicanos y extranjeros. El sábado, cayó en mis manos el libro del Sr. Cortés, y ayer, domingo, he leído en el *Monitor* una poesía de nuestro querido amigo Julian Montiel, publicada en 1861 en su colección, (página 53 y siguientes) poesía que, con el mayor desembarazo, se ha apropiado otra persona, permitiéndose mutilarla y estampando al pie su nombre. Creo, mi querido Nacho, que para cortar ese vergonzoso vicio de plagiar las obras literarias, no hay otro remedio como desenmascarar á los culpables.

Comprendo al que, acosado por el hambre y la miseria y exponiendo su existencia, roba una moneda que no ha podido proporcionarse de otra manera ; pero no comprendo cómo sin necesidad alguna, se exponga á la vergüenza pública más tarde ó más temprano, el que quiere aparecer poeta ó escritor, cuando la naturaleza le ha negado las dotes que para serlo se requieren.

Como he dicho á vd., ese vicio se propaga, y me atrevo, por lo mismo, á solicitar la cooperación de vd. en la tarea, ingrata, pero útil, de extirparlo.

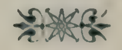
Siento que esta carta haya ido tomando mayores proporciones de las que al principio pensé darle. Mas ya que tengo la pluma en la mano, aprovecho la oportunidad para pedir su eficaz é inteligente ayuda, en la obra que intentamos Justo Sierra y yo.

La formación de la « Lira mexicana » no quedará en proyecto. Es una obra destinada á revelar los progresos de la literatura nacional, y es preciso llevarla á cabo con el esmero y la consagración que requiere. Excito á vd., pues, como amigo y como amante de las letras mexicanas, á que nos acompañe á formar esa obra, cuyo plan he manifestado á vd. ya.

Adiós, mi bueno y querido Nacho; espero que las brisas de la encantadora Jalapa, habrán alejado de vd. todo pensamiento triste y le habrán devuelto aquel ardor, aquel fervoroso entusiasmo con que en no lejanos días se consagraba vd. á las labores literarias, para bien de los que gustamos aprender deleitándonos.

Sabe vd. cuánto es el cariño y cuánta la estimación que le profesa.

FRANCISCO SOSA.





# ÍNDICE

## LIBRO PRIMERO

### Á ORILLAS DEL MAR



## LIBRO SEGUNDO

### Á UNA SOMBRA

## LIBRO TERCERO

### CINERARIAS



PARÍS. — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA Vda DE CH. BOURET.

